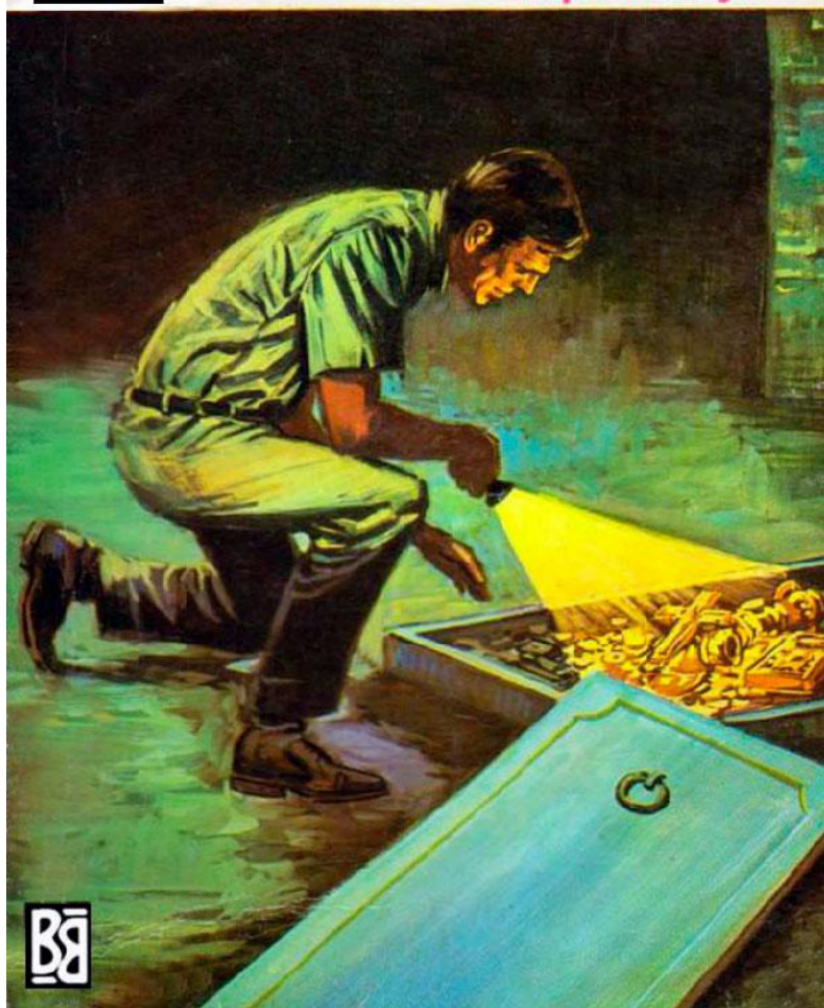


PUNTO
ROJO

la cripta del tesoro

ralph barby



B&B

COLECCION

PUNTO ROJO



RALPH BARBY

LA CRIPTA DEL TESORO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 342

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Dépósito legal: B 31.750 - 1968

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: noviembre, 1968

© RALPH BARBY- 1968
sobre la parte literaria

© JORGE SAMPER - 1968
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1968

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

- En Colección COLORADO:
547. — La charca del sapo.
- En Colección KANSAS:
449. — Los hijos de la loca.
- En Colección CALIFORNIA:
609. — Un hombre debe morir.
- En Colección BRAVO OESTE:
390. — La maldición del «trail».
- En Colección SERVICIO SECRETO:
951. — La muerte baila en Copacabana.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
642. — La ley en las venas.
- En Colección PUNTO ROJO:
335. — El caso del caniche asesinado.
- En Colección ASES DEL OESTE:
488. — Hace falta un justiciero.
- En Colección BISONTE:
1.086. — Tumbas de ambición.
- En Colección BUFALO:
779. — Las manos sucias de sangre.

CAPÍTULO PRIMERO

Hacía calor.

Una brisa cálida, procedente de las tierras áridas y yermas del no muy lejano desierto, se filtraba por las persianas que cubrían el balcón.

Françoise, aquella belleza franco-árabe, ronroneó como una felina y medio se incorporó en el lecho.

—¿Sabes, cariño? Estoy pasando unas magníficas vacaciones contigo aquí en esta tierra de sol fuerte, donde es más fácil abrir los ojos de noche que de día.

—Si pudiera, te encadenaría y no te dejaría marchar jamás — musitó ella con su marcado acento francés.

El la besó por enésima vez.

La tierra, el calor de la noche tropical, el embrujo del misterioso continente negro, la belleza de aquella hermosa mestiza, todo, todo le impelía al amor.

Pasaron unos minutos, una hora, quizá sólo unos segundos.

Wood se puso en pie.

—Hace mucho calor esta noche. Voy a darme un duchazo.

—Bien, Don; te espero.

El norteamericano sonrió. Tomó una toalla y se dirigió al cuarto de baño, situado en la misma habitación.

Al poco se escuchó el ruido del agua al golpear con fuerza contra su cuerpo.

El agua refrescó a Don

S.

Wood, aunque no podía decirse que estuviera fría. Todo en aquella tierra era ardiente.

Cuando hubo terminado, se secó con la toalla y se cubrió con la misma.

Abrió la puerta de cristal.

—Françoise, mañana podemos ir a... —se interrumpió bruscamente.

La franco-árabe había desaparecido y ante él, en la estancia, vio una patrulla de soldados negros que le miraban hostiles apuntándole con sus metralletas portátiles.

—¿Qué significa esto? —inquirió Don.

De pronto, uno de los soldados que no llevaba casco como los otros, se apartó de la mesita de noche y se encaró con el norteamericano.

—Maldito yanqui, es un espía —acusó en su defectuoso inglés.

—¿Qué estupidez está diciendo? —preguntó Don perplejo—. ¿Dónde está la chica?

—¿Qué chica?

—La que estaba aquí conmigo.

—Aquí no hay ninguna chica y sí un miserable espía.

—Vamos, teniente, no diga tonterías —gruñó Don molesto, adelantándose.

Mas dos metralletas se apuntalaron en sus respectivos costados, echándole hacía atrás sin contemplaciones.

—Si quiere morir ahora mismo, haga un movimiento más —le advirtió el teniente africano.

—No irá en serio eso de que soy un espía, ¿verdad?

Con una sonrisa de triunfo, el oficial negro mostró algo que ocultaba en su mano.

—Aquí está la prueba. Un pequeño sobre que contiene microfilmes. En ellos, a simple contraluz, pueden verse los emplazamientos de nuestras bases para que los revolucionarios secesionistas puedan atacarlas y destruirlas. Es usted un sucio espía mercenario.

—Eh, espere. ¿Dónde ha encontrado esos microfilmes?

—En su mesita de noche, pegados al final del cajón con cinta adhesiva. Gracias a la colaboración de alguien que le ha descubierto a tiempo, hemos conseguido atraparlo.

—Pues se equivocan. Yo sólo he venido aquí a pasarlo bien. Quizá habrían de buscar a la chica que estaba conmigo. Es demasiado significativo que se haya esfumado.

—Una chica, ¿eh? Los yanquis siempre han tenido demasiada

imaginación —gruñó el oficial negro.

Tomó las prendas de ropa que pertenecían a Wood y las revisó meticulosamente. Tras comprobar que no había nada en ellas, se las tiró al americano.

—Vístase.

—¿Aquí?

—Sí; y rápido. Tenemos que marchar enseguida.

A Don

S.

Wood no le quedó otro remedio que obedecer mientras pensaba en la jugarreta que le había gastado la bella Françoise, trampa que en aquellos momentos no tenía solución.

—Vuélvase de espaldas —ordenó el oficial negro.

Don obedeció. Los rostros de aquellos negros no eran en absoluto tranquilizadores y sus armas, con el seguro quitado, mucho menos. Una provocación por su parte y en pocos segundos quedaría convertido en un colador.

Con las manos esposadas a la espalda fue sacado del hotel por la puerta posterior y subido a un vehículo militar en el que aguardaban otros dos soldados de color.

—¿Adónde me llevan? —inquirió.

El oficial rió. Luego, dijo:

—A un buen lugar para fusilarlo.

—¿Qué? Oiga, primero tengo derecho a hablar con mi embajador.

—Usted no hablará con nadie. Le fusilaremos como espía mercenario. Lo sepultaremos en el desierto y asunto concluido. No estamos en Estados Unidos ni en Europa, donde hay que ir con fórmulas y reverencias.

O

¿es que se ha olvidado de donde está?

—¿Ni siquiera se me hará un juicio en el que pueda demostrar mi inocencia?

—Ha sido hallado, digamos, con las manos en la masa. Le he encontrado los microfilmes encima. Eso me basta para fusilarlo. Nuestras leyes son efectivas, contundentes. Exterminando al enemigo se ganan las batallas. Dándoles de comer en un campo de prisioneros sólo se pierde comida que hace falta para otros y se

cuida a un escorpión que nos clavará su aguijón en cuanto nos distraigamos.

—Teniente, es usted un hombre cuidado, culto. Probablemente se ha educado en una ciudad blanca...

—¡Cierre la boca o haré que uno de mis hombres le dé un culatazo! No quiero oírle hablar más.

—De acuerdo —aceptó Don al comprender que no lograría convencer a aquel militar fanático, de medidas drásticas—. Por lo menos me dará un cigarrillo.

—Bien, veo que empieza a aceptar su destino. Después de todo, no va a sufrir. Mis hombres tienen buena puntería y no se enterará de nada.

—Es un consuelo —dijo Don cuando el oficial le puso el cigarrillo en los labios y le prendió fuego, ya que él tenía las manos esposadas a la espalda.

En la oscura madrugada, el camión abandonó el cinturón de vegetación que rodeaba la ciudad y se adentró en las tierras yermas del norte, saliendo finalmente a la carretera para rodar en medio de piedras y arena hasta detenerse junto a una gran duna.

—¡Abajo! —ordenó el oficial.

A empujones fue apeado del vehículo. Luego, con otras esposas, fue sujetado a una argolla del camión para que no se moviera y tres centinelas le rodearon con sus armas.

Don

S.

Wood se había encontrado en muchas situaciones difíciles a lo largo de su existencia, pero aquélla parecía que iba a superar a todas. No había posibilidad de escape ni los soldados parecían dispuestos a perdonarle la vida.

Don no pudo ver lo que hacían el teniente y dos de sus ayudantes al otro lado del camión, pero sí observó cómo tres de los soldados negros, con palas, abrían una fosa a unas quince yardas de distancia.

—Por lo menos ya sé el lugar donde voy a descansar para siempre —se dijo en voz alta, a sabiendas de que los tres soldados que tenía enfrente apuntándole con sus metralletas no le iban a entender.

Sólo hablaban sus idiomas o dialectos nativos y chapurreaban el

francés, idioma oficial de la nación.

Transcurrió el tiempo. La fosa quedó terminada y el sol surgió como solo podía aparecer en aquella tierra misteriosa: de repente, casi con violencia.

La tierra enrojeció unos instantes y se hizo de día. La brisa ligera y cálida que tenía la noche se transformó en una intensa sensación de calor que, avanzando las horas, se haría insoportable. Sin embargo, Don Wood ya no la habría de sentir.

—Ha llegado la hora —dijo el oficial apareciendo súbitamente junto a él.

—¿La hora de desayunar? —preguntó jocoso.

—¿No se va a poner de rodillas para suplicar? Me gustaría mucho verlo llorar y chillar.

—Pues me temo que va a sufrir una decepción. He sabido siempre que no llegaría a viejo.

—Ha acertado —replicó mordaz.

Soltó las manecillas que lo mantenían sujeto al camión y lo empujó hacia la fosa.

Fue colocado junto al borde y de espaldas a la que iba a ser su tumba, pero no demostró el terror que el oficial negro esperaba ver en su cara.

—¿Me da otro cigarrillo?

—Sí. Es lo menos que puede darse a un condenado a muerte.

Como sucediera unas horas antes, le fue colocado un pitillo entre los labios y le prendieron fuego.

Don Wood aspiró el humo con fuerza. Siempre había dicho que era agradable fumar un cigarrillo al nacer el día y ahora podía decir que le hacía compañía al morir una vida.

—Comete un error, teniente. Yo no soy ningún espía —dijo por última vez.

—¿Suplica?

—No, eso nunca, simplemente que digo la verdad. No quiero que incurra en semejante error. Por otra parte, fusilándome a mi deja escapar al que ha tomado esas fotografías.

—Los negros no somos tan imbéciles, yanqui.

Se apartó y se dirigió a sus soldados que formaron el pelotón a quince yardas frente al reo.

—¡Carguen! —ordenó el oficial.

Don pudo escuchar el chasquido múltiple y metálico de los cerrojos al correrse y se dijo que era desagradable, pero con las manos atadas, una fosa a sus pies y el desierto a su espalda, no le quedaba otro remedio que oírlos.

Esperaba ya la orden de «¡Apunten!» cuando percibió el ruido producido por las aspas y el motor de un helicóptero, un sonido inconfundible para él.

Volvió su cabeza y por encima de la gran duna apareció el aparato.

Los soldados se lo quedaron mirando y Don se congratuló de que la boca del oficial negro se quedara muda.

El helicóptero descendió casi en vertical hasta situarse junto al camión. Del interior del aparato militar para el transporte de una patrulla completa y que no llevaba insignia nacional, bajaron tres hombres.

Dos de ellos, armados con metralletas, quedaron junto al aparato. El tercero, un sujeto alto, magro, que Don identificó inmediatamente como un coronel de la

RAF

, se dirigió al oficial de color.

Al ver aparecer a los tres blancos, Don se bendijo por su suerte.

—¡Coronel, coronel! —llamó.

—Quieto, no se mueva. Si lo hace, mis hombres dispararán contra usted —advirtió el teniente africano.

Don

S.

Wood dio un respingo, mas se vio obligado a obedecer, ya que el propio coronel le lanzó una mirada fría y siguió su camino hacia el centro junto al oficial de color.

«¿Permitirá que me fusilen ese condenado coronel?», pensó Wood.

El coronel británico, que vestía camisa con las mangas subidas, habló con el teniente por espacio de unos minutos. Después se apartó de éste para dirigirse hacia Don.

—Buenos días, Wood. Se encuentra en una situación muy difícil.

—Y usted que lo diga, coronel. Van a fusilarme. ¿Piensa consentirlo?

El británico sonrió flemáticamente. Parecía divertirse aquella

situación que al norteamericano no le hacía demasiada gracia.

—Este país es libre. Tiene Gobierno propio y no es precisamente una colonia de su Graciosa Majestad.

—Lo más gracioso es la jugarreta que me ha hecho ese sujeto.

—Sí, algo me ha contado el teniente. Está empeñado en fusilarlo. Es un fanático de la independencia de su país y le cree un espía.

—Y por lo visto, aquí no se pierden en trámites burocráticos como en Occidente. Toman las medidas más drásticas por la vía rápida.

—Sí, es verdad. Van a fusilarlo dentro de breves instantes, aunque yo puedo impedirlo.

—¿Ah, sí? Ésa es una buena noticia, coronel. ¿Piensa liquidarlos a todos?

—No, algo más fácil.

—¿Puedo saberlo? Creo que soy el interesado —dijo Don cínicamente, sin traslucir un miedo que por otra parte no sentía.

El coronel se pasó el dedo índice por su recortado y plateado bigote. Luego, comentó:

—El negro es un fanático, ya se lo he dicho, pero le agrada más el dinero que la política.

—¿De modo que tengo un precio?

—Sí.

—¿Puedo enorgullecerme de que sea alto?

—No está mal y yo estoy dispuesto a pagarlo.

—Páguelo, que ya se lo devolveré. Sólo será un préstamo.

—No, amigo Wood. Usted saldrá de aquí conmigo y vivo, y no me devolverá el favor con dinero.

—¿Cómo entonces?

—Hay un servicio extraoficial que debe llevarse a cabo. Puedo decírselo tranquilamente, porque si no acepta no hablará. Los muertos, y por demás sepultados, se mantienen callados.

—Es tan verdad como que tengo las manos sujetas —replicó Don.

—Bien. ¿Le interesa abandonar este lugar para llevar a cabo una misión especial?

—¿A las órdenes del gobierno británico?

—No, sólo en apariencia. En realidad, estará a mis órdenes, o el

marcaré el objetivo y usted deberá alcanzarlo. Se va a jugar la vida, se lo advierto.

—¿Más de lo que me la estoy jugando ahora?

—Más no, desde luego que no; claro que ahora desaparecería de una forma oscura y en la misión que yo voy a encargarle, si le liquidan, será pasaportado como un homicida y un ladrón. Se verá obligado a matar si el hecho lo requiere.

—¿Se trata de robar algo?

—Yo emplearía la palabra «recuperar». Es algo que fue robado durante la pasada Guerra Mundial y el ladrón lo conserva en su poder. Hay que restituirlo a sus verdaderos propietarios, pero no debe ser inmiscuido en el asunto el nombre de ningún Gobierno, porque tendría mala prensa mundial y resultaría muy perjudicial. Si acepta, sólo tendrá mi apoyo y no de un modo legal. Dos personas más están preparadas para ayudarle, no obstante.

—¿Puedo saber qué es lo que hay que recuperar?

—Sí, después de todo ya le he dicho que va a morir si no acepta.

—Entonces, dígamelo.

—Durante la entrada de los nazis en Polonia, cinco importantes santuarios de aquel país fueron completamente expoliados. Entre las joyas, las había de gran valor y ya no le hablo del oro que representa millones, sino de la valiosísima colección de gemas que tenían incrustadas los ornamentos sacros. Brillantes, esmeraldas, rubíes, etc.

—Caramba, está usted hablando de un verdadero tesoro robado.

—Y que usted tendrá que robar de nuevo. Si lo atrapan, será tratado como un ladrón y nadie le ayudará lo más mínimo, ni siquiera se le pagará abogado.

—Si he de conformarme con un abogado de oficio, no acepto —replicó Don.

—Está bien, usted lo ha querido. Buena suerte en su viaje hacia el infierno, Wood.

El británico lo saludó tocándose levemente la visera de su gorra de plato. Dio media vuelta alejándose del condenado a muerte.

—Eh, coronel, espere. Sólo era una broma —dijo Don sonriendo.

—Mejor para su piel, Wood. Estése quieto ahí un momento. Voy a pagar su libertad.

—Eso espero.

El coronel desapareció tras el camión junto con el teniente de color.

Poco después, ambos regresaban.

El negro sonreía y no tardó en ordenar a dos de sus hombres que quitaran las esposas al norteamericano. Luego, los soldados africanos condujeron al alto y rubio yanqui, de pupilas aceradas, que fumaba sonriente sin quitar la mirada de encima del oficial negro, al lado de éste.

—Disculpe, míster Wood —dijo el negro con una sonrisa—. Todo ha sido un error que ha quedado aclarado. El coronel responde por usted y yo le tengo a él en gran estima.

—Ya. Es un placer saber que no voy a quedar enterrado en este desierto con unas cuantas onzas de plomo en el cuerpo.

—Vayamos rápido —apremió el coronel gravemente—. Es tarde y tenemos un viaje muy largo por hacer.

—Sí, claro —asintió Don—; pero antes quisiera ver el tipo de metralletas que usan en este ejército.

Tendió las manos y asió la metralleta que llevaba uno de los soldados de color.

Éste la retuvo con gesto hostil. Don no la soltó y el soldado miró a su oficial. Éste asintió con la cabeza al tiempo que decía:

—Puede verla. Es un amigo nuestro al que debemos una disculpa por el grave error que íbamos a cometer.

—Gracias —dijo Don tomando la metralleta.

De repente, soltó su puño que se estrelló contra la boca del oficial negro, que salió proyectado violentamente hacia atrás para medir con su cuerpo la cálida arena.

—Disculpe, teniente, pero yo suelo cobrarme las bromas pesadas.

—Maldito yanqui —gruñó el oficial.

Mas Don ya le había encañonado con la metralleta.

—Si saca su arma, es a usted a quien entierran en la fosa. —Desvió la mirada hacia el coronel y dijo—: Ahora, sí podemos marcharnos.

Los soldados nativos pusieron muy mala cara. Todos tenían sus armas preparadas, salvo el que carecía de ella por habérsela quitado Don.

—Correcto, vámonos cuanto antes.

Un par de minutos más tarde, el helicóptero se elevaba en el aire alejándose del desierto y de la mirada preñada de odio de un oficial de color que tuvo que tragarse su humillación, soportada ante sus propios soldados a cambio de palparse el abultado bolsillo de su camisa, un bolsillo repleto de billetes.

CAPÍTULO

II

El «Boeing», tras efectuar la difícil maniobra de aterrizaje sobre el aeropuerto berlinés de Tempelhof, se detuvo y uno de los tractores de pista lo enganchó aproximándolo al edificio de recepción.

Instantes después, la escalerilla se acoplaba a la puerta y los viajeros, procedentes de París, de donde habían partido dos horas cuarenta y cinco minutos antes, descendieron ordenadamente.

Entre los pasajeros destacó un hombre alto, rubio, de ojos grises y mentón algo cuadrado, un hombre al que la azafata, una linda parisiense, prodigó la mejor de sus sonrisas.

Era noche cerrada y los potentes focos iluminaban la pista. También se hallaban profusamente iluminadas las salas de la estación aérea.

Don

S.

Wood vestía traje gris claro con un dibujo lanzado por la última moda italiana. Portaba un maletín negro en la diestra...

Como si perteneciera a un rebaño, se dejó conducir hacia la aduana y sección de «Polizei».

—Todo en regla, *herr* Wood —dijo el policía federal de la aduana, devolviéndole el pasaporte.

Mientras el norteamericano guardaba su documentación en el bolsillo izquierdo de la chaqueta, un sujeto de estatura mediana, cuadrado, de grandes mejillas colgantes y dedos cortos que movían una gorra de plato se le acercó.

—¿*Herr* Wood?

—Yo mismo.

—Tengo el coche aguardando fuera. ¿Trae equipaje? —le preguntó en un pésimo inglés con acento alemán.

—Sólo traigo este maletín, pero ¿quién es usted?

—Otto Hafftis.

Dicho esto, dio media vuelta y Don, con un ligero encogimiento de hombros, se limitó a seguirle.

En la zona de aparcamiento del aeropuerto berlinés montaron en el «Mercedes-220» que no tardó en diluirse en la farragosa circulación.

—¿Adónde me lleva? —le preguntó con ironía, ante la parquedad de palabras del chófer.

—Tengo una carta para usted.

—Pues démela.

Sin abandonar el volante, tomó con su zurda un sobre de la guantería, que pasó al pasajero por encima de asiento.

Luego oprimió un conmutador y el interior del auto se iluminó.

Dan rasgó el sobre y leyó su contenido, relativamente corto.

«Espero que al recibir este mensaje le haya ido todo bien. Tiene una habitación reservada en el Hotel Reuter. En ella encontrará cuanto le haga falta. Tras su llegada al aeropuerto de Berlín, será conducido a la sala de fiestas Erwartung, donde tomará contacto con D.

N.

y será puesto al corriente. Manténgase alerta. Como ya le dije, el Gobierno no es el único que está interesado».

»Firmado: C»

El «Mercedes-220» entró por la Kock Strasse y se detuvo frente al vistoso local situado ante el muro de la vergüenza.

A un lado, púas, hormigón, barreras eléctricas y minas ocultas, ojos alertas en las garitas, los «vopos» con sus armas automáticas prestas a disparar... Luego, el asfalto de la calzada y, al otro lado, frente al Berlín oriental, la sala de fiestas profusamente iluminada.

En su fachada, la silueta de una mujer en bikini, de ostensibles y pronunciadas formas, dibujada en tubo de neón que se apagaba y se encendía con intermitencia.

Aquella figura femenina era una tentación para los ojos que

vigilaban al otro lado del muro, un muro que separaba dos mundos, dos formas de pensar, dos ideologías, dos políticas distintas. Sin embargo, para la mente de todos, la atracción femenina seguía siendo la misma.

—Si prefiere que aguarde aquí afuera lo haré, *herr* Wood.

—No, no hace falta. Lleva mi maletín al Hotel Reuter. Allí deben tener una habitación reservada para mí.

—*Ja* —asintió lacónico en su idioma natal.

Don se apeó del coche y éste no tardó en alejarse, sumergiéndose en la noche.

El interior del local no estaba tan iluminado como su fachada. Allí las luces no herían los ojos como en el exterior, sino que eran indirectas, íntimas, cómplices silenciosas de citas equívocas y manejos turbios.

El ambiente general era de súbditos ingleses y norteamericanos. Algunos de ellos vestían el uniforme militar de sus respectivas naciones.

En aquellos instantes finalizó el tiempo de *dancing* y las parejas regresaron a sus mesas.

Se dejó conducir por un camarero a una mesa situada en un rincón, mientras la oscuridad se intensificaba alrededor de la pista, y ésta se iluminaba.

De pronto, por el fondo, apareció un gran acuario situado sobre una plataforma rodante que fue empujada hacia el centro de la pista por dos negros de fuerza singular y vestidos al estilo de los esclavos etíopes.

El agua del interior de la urna era rojiza.

No había peces dentro de ella, pero ascendían hacia la superficie columnas de burbujas, dándole un aspecto fantástico. El suelo estaba cubierto de arena y pequeñas rocas, y también habían plantas, artificiales probablemente.

En el centro del acuario, un baúl viejo, propio de un galeón medieval español.

—¿Qué desea tomar? —le preguntaron en perfecto inglés.

—Un *whisky* doble.

—Enseguida, señor —asintió el camarero, habituado a tratar a más parlantes del idioma inglés que del germano.

La música comenzó a sonar y el baúl se fue abriendo lentamente.

En su interior apareció una belleza femenina con cabellos propios de una walkiria y piel muy blanca en todo su cuerpo venusino.

La aparición de la máxima estrella del espectáculo fue acogida con una cerrada salva de aplausos.

La bailarina subacuática efectuó unos movimientos. Su rostro afloró ligeramente en la superficie para tomar aire y continuar bailando dentro de aquella sinfonía de color. La música llegaba nítida hasta ella, pues habían colocado un pequeño altavoz pegado al cristal por su parte exterior.

—¿Tiene fuego?

Don

S.

Wood volvió su rostro hacia la derecha.

Muy cerca de él, vio una mujer de grandes ojos rasgados, de mirada expresiva, y cabellos negros y lacios.

Vestía con elegancia y le pareció tan atractiva e interesante que le hizo olvidar a la sirena del acuario.

—Sí, claro que tengo fuego...

La pequeña llamita del encendedor se mantuvo oscilante durante breves instantes. Luego se apagó con un chasquido metálico.

Una columna de humo fue expulsada por la boca femenina, de labios generosos sin pintar.

—Gracias.

Se sentó a su lado, en la misma mesa, y agregó:

—No le molestará que le haga compañía, ¿verdad?

La voz femenina pareció al hombre un arrullo suave como el rumor de las olas de una playa tropical.

—No, no me molesta en absoluto, pero es que precisamente esperaba...

—¿

A D. N.

? —inquirió, llevándose el cigarrillo a los labios para ocultar una sonrisa.

—¿Le conoce?

—Mucho.

—¿Dónde está?

—¿Quién? —preguntó ella.

—Pues,

D. N.

—Lo tiene delante.

—¡Diablos! No me habían prevenido que fuera una mujer y, por demás, una belleza de campanillas.

—¿Usted cree que soy una belleza? —interrogó buscando el halago más que la verdad.

—¿Cree que la chica del acuario es bonita?

Ella miró hacia la urna donde la hermosa mujer efectuaba una extraña danza.

—Naturalmente que es hermosa. Sólo hay que verla.

—Pues yo prefiero admirarla a usted y no a ella.

—Es un halago muy generoso, Don.

—¿Sabe mi nombre?

—Naturalmente, y es muy parecido al mío. Me llamo Dana Neal.

—Bonito nombre. ¿Inglesa?

—Padre inglés y madre berlinesa. Si me va a preguntar qué hago en Berlín le responderé que soy una de las más cotizadas profesoras de idiomas. Es de buen tono que los hijos de las mejores familias aprendan inglés y francés, pero no con el estilo metódico y mecánico de las academias al uso, sino de los modos y formas empleadas en el gran mundo de la alta sociedad europea.

—Magnífico. Y qué pretende el coronel, ¿que usted me enseñe idiomas u otras cosas? —preguntó cogiéndole la mano por encima de la mesa.

—Va muy aprisa, Wood —dijo ella sin retirar la mano.

—Prefiero que me llames Don.

—Eso será si me suelta la mano.

—Está bien, está bien... Creo que eres muy bella, pero más fría que la que está dentro del agua, a menos de que la hayan calentado previamente.

—Eres ocurrente, Don —dijo ella con la mano ya libre.

—Opino que el coronel sabe elegir a la gente que le interesa.

—Hay que llevar un trabajo hasta el fin y debemos actuar como el mecanismo del más perfecto reloj. Un reloj es algo frío, carente de alma.

—Parece mentira que una belleza como tú, con unos ojos tan grandes y una boca tan sexual, hable con esa frialdad. Ni que te

hubieran moldeado con nieve ártica.

—Don, el coronel va a ser la fuerza que nos impulse a actuar. Tú serás el cerebro coordinador y ejecutor de esta misión. Yo seré un elemento de apoyo y colaboración, pero me satisfará que durante el tiempo que dure este trabajo pienses que soy eso que tú has dicho: una figura moldeada con nieve ártica.

—¿No has amado nunca?

—No ha surgido el hombre que me interese. Aprendí a caminar sola y sigo bien mi ruta, no trates de entorpecerla. Soy mujer y me agrada la compañía de los hombres, sus miradas y lo que ellas expresan, pero no pienso atarme a ninguno de ellos.

—¿De ellos? —preguntó irónico.

—Quiero decir de vosotros.

—Bien, seré el más gélido de los vientos en tu derredor para que no te sientas molesta.

—Será mejor para todos. Voy a arriesgar mucho y no quiero perder.

—¿Temes la reacción de tus impulsos, de tus instintos de mujer?

—Podría ser —respondió evasiva—. El amor transforma a las mujeres haciéndonos adorablemente tontas y en este trabajo hay que estar con los cinco sentidos alerta.

—¿Qué vas a ganar con todo esto, Dana?

—Voy a ganar mucho.

—¿Y cuánto es mucho? —insistió él.

—Eso le incumbe al coronel, no a ti.

—Bien. Va a resultar un trabajo interesante con una colaboración extraordinaria. Háblame más del asunto. El coronel me dijo que tú me pondrías al corriente. A él no se le puede involucrar en esto.

—Aquí no es conveniente seguir charlando. Será mejor que vayamos a otra parte.

—¿Adónde?

—A mi apartamento.

—¿A tu casa? ¿No temes que el frío viento del ártico pase por el ecuador para regresar a tu lado?

—No. Sé que eres menos voluble de lo que aparentas. Don

S.

Wood es un sujeto al cual agradan las mujeres, pero es más cínico

de lo que parece. Es frío y cerebral actuando, duro como sus ojos. Puede estar besando ardorosamente y pensando en cómo deshacerse de su pareja.

—Vaya, toda una ficha. ¿Te la ha proporcionado el coronel?

—Sólo en parte.

—Bueno, vamos —dijo poniéndose en pie tras apurar de un trago su *whisky* doble.

En aquel momento una salva de aplausos premiaba la actuación de la bailarina subacuática.

Abandonaron el Erwartung y, ya en el «Volkswagen» deportivo azul, Dana demostró su pericia del volante y sus conocimientos de la antigua capital alemana.

El edificio en que Dana Neal tenía su apartamento se hallaba al noroeste de la población.

A su espalda dejaron el aeropuerto de Tegel para aviones a retropulsión y frente a ellos se hallaba el lago Tegeler.

El piso resultó espacioso, cómodo y muy moderno en su decoración. A gusto de Don no le faltaba nada, y así lo expresó.

—Es magnífico este apartamento. Debes ganarte muy bien la vida en tu profesión de pedagoga en idiomas para poder mantener todo esto.

—Me defiendo, simplemente —repuso ella arrojando el chal sobre una butaca—. Ponte cómodo, yo voy a hacer lo mismo.

Don prefirió iluminar la estancia con una luz mortecina. Se quitó la chaqueta, pues hacía calor, y se enfrentó con el pequeño bar en el que no faltaba de nada.

Preparó dos combinados refrescantes. Luego, tomando uno de ellos, se dirigió al ventanal protegido por una persiana metálica y graduable.

Tomó un sorbo del fuerte combinado y colocó la persiana de modo que pudiera ver el exterior.

La vista era hermosa.

Se hallaba en un décimo piso y Berlín podía contemplarse bien. Sus nuevos edificios, los viejos reconstruidos, la ciudadela de Spandau hacia la izquierda y las zonas verdes que rodeaban el lago Tegeler y el río Havel. Al otro lado, el cinturón de púas de acero que rodeaba la ciudad.

—Hermosa vista, ¿verdad? —preguntó de pronto la voz de

Dana, apareciendo en la espaciosa sala.

Don se volvió.

La mujer vestía una indumentaria que semejaba una segunda piel sobre su cuerpo a partir del generoso escote hacia abajo, ya que los hombros sólo estaban cubiertos por una delgada cinta.

La cintura quedaba ceñida por un amplio cinturón de eslabones metálicos con una gran hebilla que tenía engarzadas chispas de cristal de roca que reflejaban la luz.

Los tacones altos estilizaban aún más su silueta, haciéndola más atractiva y majestuosa a un tiempo.

—La vista es más bonita mirando hacia dentro que hacia fuera.

—¿Te olvidas del viento del ártico, querido? —preguntó Dana abriendo mucho los ojos.

—No, claro que no, pero hay veces en que un hombre flemático como yo, según tu opinión y la del coronel, se siente un poco latino.

—Muy ingenioso. ¿Es para mí el combinado?

—Desde luego —asintió él dejándose caer en una butaca.

Ella tomó el vaso e hizo lo propio. Bebió y esbozó un gesto de aprobación.

—Toda una obra de arte para el paladar. Podrías dar una lección a los muñecos de la señora Von Neger.

El parpadeó. Mantuvo el vaso a la altura de su boca, pero no bebió.

—Hace tiempo que no he pasado por Berlín y no estoy al corriente de quiénes son los muñecos de la señora Von Neger.

—Es lógico, yo tengo que ponerte al corriente. Karl von Neger es nuestro objetivo.

—Aguarda... Karl von Neger, ¿no fue un general de la Gestapo al principio de la Segunda Guerra Mundial?

—En efecto. Se le dio por muerto tras la ocupación de Polonia.

—Pero, por lo visto, no murió y sí expolió los santuarios polacos.

—Los santuarios polacos habían sido saqueados por él mismo con anterioridad y, según su versión, antes de desaparecer había sido enviado a Alemania, tal como le fuera ordenado, el tesoro sacro polaco.

—Lo que por lo visto no es cierto.

—En efecto. Karl von Neger fue herido de un disparo en la cabeza, seguramente por algún partisano polaco resentido y

defensor de su patria. El general de la Gestapo fue recogido en un monasterio y curado tras larga convalecencia.

—¿Curado del todo?

—Según el dictamen médico oficial, no. Su cerebro quedó lesionado.

—¿Está demente?

—Bueno, cuando quiere, Kart von Neger da todo un, espectáculo de locura.

—Pero tú no crees en ella.

—Y el coronel tampoco.

—Habremos de pensar que es un personaje muy astuto, que se hace pasar por loco.

—Y que resulta sumamente peligroso.

—Lo tendré en cuenta.

—Sigamos. Karl von Neger recuperó parte de su razón, aunque padece los supuestos ataques de demencia de un modo esporádico e inesperado para quienes le rodean. Los monjes, pese a ser polacos y tras curarlo como supieron, le dieron la oportunidad de regresar con los suyos, pero él se negó. No quería pertenecer más a la Gestapo. Esta decisión influyó mucho en los aliados cuando terminó la guerra.

—Si no recuerdo mal, Karl von Neger no pasó por el juicio de Nuremberg.

—Así es. Se le hizo un examen por medio de médicos aliados y determinaron que no estaba en su sano juicio. Tenía en su favor, además, el rechazo a la Gestapo, aunque se pasó por alto que esto sucedió cuando se enteró de que sus compatriotas llevaban ya las de perder. Su demencia y quizá también el dinero de su mujer le salvaron de ser conducido a la horca o encerrado en Spandau.

—Su mujer también debe ser un personaje digno de estudio.

—Sí. Ella heredó de su familia la mansión en que viven y que se halla rodeada por una gran extensión verde, entre el Havel y el lago. A Karl von Neger, pese a no ser juzgado y por haber sido general de la Gestapo, le fueron confiscadas todas sus pertenencias. Su esposa abogó por él haciéndose cargo de su persona y pagando; con los restos de su fortuna, los cuidados para el marido.

—Entonces, ella será quien mande y ordene en la mansión de los Von Neger.

—Así es en apariencia. Todo el amor de los esposos se diluyó cuando Von Neger, en uno de sus ataques de locura, dejó inválida a su mujer.

—¿Cómo?

—Arrojándola por una escalinata. El, por supuesto, fue llevado a un hospital siquiátrico, de donde lo sacó ella un año más tarde. Ella iba en su silla de ruedas, pero lo tenía bajo su poder. Supongo que en aquellos instantes debieron mirarse con frío odio, prometiendo amargarse la vida mutuamente, aunque, eso sí, habrían de soportarse. A partir de aquel momento él sabía que si a su mujer le ocurría algo, iría a pasar al manicomio.

—¿Y si es él quien muere?

—Pues la mujer de Van Neger dejaría de recibir el dinero que le hace falta para seguir viviendo como lo hace, pese a su invalidez. No olvides que ella se gastó el dinero en su marido.

—¿Y de dónde saca Von Neger para mantener la mansión y los caprichos de su mujer?

—Según los partes oficiales, de la venta de obras de arte pertenecientes a su esposa.

—¿Realiza subastas?

—No. Karl von Neger escoge a sus compradores en solitario y nunca se sabe lo que éstos han pagado por una obra de arte.

—¿Insinúas que está viviendo hace tiempo a costa del desaparecido tesoro polaco?

—Es lo que sospecho, y los soviéticos también han comenzado a recelar. No me extrañaría que quisieran adelantársenos.

—¿El matrimonio no tiene hijos?

—Sí, dos: una muchacha y un chico.

—¿Y no pueden ellos, por lo menos oficialmente, hacerse cargo de su padre, si falta la señora de la casa?

—No. Ambos son menores de edad y, por otra parte, el chico es un subnormal síquico.

—Pues vaya un panorama. La mansión debe parecer un manicomio total.

—Sí, lo parece, y resulta inquietante... A veces, por detrás de unos ojos estúpidos, parece espiar una mente clara, una inteligencia maligna y al acecho.

—Y la chica, ¿qué tal es?

—Lo contrario que yo.

—Comprendo.

—Sí, pero es muy voluble y cuando consigue lo que quiere, cambia de rumbo. Por ese motivo, su padre no se entromete. Sólo hubo una vez un joven austríaco que se interesó excesivamente por la chica.

—¿Y...?

—Lo encontraron ahogado en el lago. La versión del forense fue un accidente por caída fortuita al agua a media digestión.

—Parece que Karl von Neger no está tan loco.

—Harás bien en no olvidar la lección.

—Y tú, ¿qué papel tienes en esa casa de locos?

—Trato por todos los medios de que Rommy von Negel aprenda idiomas y que Walter sepa leer por lo menos, lo que resulta bastante largo, aunque el muchacho tiene algunas posibilidades de recuperarse en parte y me alegraría de que así sucediera. Es lo único limpio en casa de los Neger.

—¿Y los muñecos de la señora Von Neger?

—Son los caprichos de una mujer que no se resigna a ser vieja ni a estar sentada en una silla de ruedas. Le agrada la compañía de jóvenes musculosos, atractivos. —¿Se interesa por alguno en especial?

—No. Hasta ahora nunca lo ha tenido, pero sus buenos marcos le cuesta estar siempre acompañada.

—¿Y qué dice el general Von Neger a todo esto?

—Se calla, no le queda otro remedio, y le da a su mujer Jo que pide, aunque a regañadientes.

—Lógico. Si ella se cansa, él va al manicomio y no es un buen lugar para disfrutar un tesoro robado. ¿No ha tratado nunca de sacarlo todo del país y desaparecer con él?

—No; tiene miedo. No desea acabar como otros líderes de la Gestapo. Los judíos, por lo visto, no olvidan. Si a él lo han dejado en paz es porque le consideran un demente, pero si se pasa de listo, podrían acabar interesándose por su persona, juzgándolo y condenándolo como a Heichman.

—¿La mansión de Von Neger ha sido registrada?

—Varias veces oficialmente, pero jamás se ha encontrado rastro del tesoro polaco. Se ignora dónde está oculto. Algunos insinúan

que los soviéticos, tras la ocupación de Berlín, se lo llevaron a Moscú en secreto, pero yo sé que no fue así.

—¿Tú no? ¿Por qué esa seguridad?

Dana se levantó para coger un oso de peluche, de unos dos pies de alto, que tenía sobre un sofá. Lo entregó a Wood.

—Toma, aquí está la respuesta.

—No entiendo —repuso él tras observar el oso, cuyo cuello estaba rodeado con un vistoso collar.

—Fíjate en él, en su collar.

—Sí, ya veo. Esmeraldas, amatistas, rubíes... Todo son imitaciones de mala calidad, pedrería barata. No son gemas auténticas.

—Una de ellas sí tiene valor.

Al oír esto, Don las revisó con vivo interés, deteniendo su vista frente a una de ellas.

—Ésta... Es un rubí auténtico y tan grande como un garbanzo. Vale un capital.

—Exacto. Si estás advertido puedes descubrirlo, pero si no, lo confundes entre las demás de bisutería. Siempre he creído que es un buen escondrijo para oculta: una gema.

—Es cierto, y sin embargo, bien a la vista está. Este oso vale una fortuna con ese rubí en forma de corazón en el collar. ¿Era ésta la forma de origen o la has encargado ex profeso para que se parezca a las otras piedras, ya que todas tienen forma de corazón?

—Al contrario. Hice que las otras fueran tallada también en forma de corazón y en las mismas medidas. Tenía que ocultarla.

—¿Y cómo sabes que esta gema pertenecía al tesoro sacro polaco?

—Fíjate en esta fotografía de archivo —indicó Dana sacándola del interior de un libro colocado entre otra sobre un anaquel.

—Vaya, es un cáliz de gran valor y veo tres corazones engarzados en su exterior como si fueran gotas de la sangre de Cristo.

—Eso es. Una joya sin precio, mantenida en el santuario a través de los siglos. Uno de esos corazones es el que está engarzado en el collar del oso.

—¿Y cómo lo conseguiste? Von Neger habrá notado su falta.

—Eso lo ignoro. Yo lo obtuve a través de Walter.

—¿El parasíquico?

—Sí; pero no he logrado averiguar de dónde lo ha sacado él, pese a haber intentado sonsacarle, lo que resulta peligroso porque puede tener reacciones extrañas.

—¿Y él te dio el rubí?

—Sí. Yo se lo pedí y me lo entregó.

—¿Y posteriormente no ha hecho ningún comentario?

—No. Sólo que lo he tratado con más afecto y me sonrío. Soy para él casi la madre que en realidad no tiene porque no se preocupa de él. Es un niño grande que, por otra parte, tampoco dirá nada en los lapsos de inteligencia que tiene. Sabe que si su padre averigua que él lo ha quitado, lo castigaría y Von Neger es duro con su hijo. Está amargado, y como no puede con su mujer y su hija, descarga su resentimiento con el infeliz Walter.

—Es todo muy interesante, Dana, pero ahora sería bueno que me hablaras del otro personaje que va a colaborar con nosotros. No puedo organizar un plan sin saber con quién puedo contar y las virtudes o facultades de mis ayudantes.

Dana Neal, en todo momento segura de sí, sonrió. Antes de seguir bebiendo, dijo:

—De acuerdo. Ahora hablaremos de Igor.

CAPÍTULO

III

La bombilla, protegida por la pantalla verde, despedía una luz difusa.

En alguna parte no muy lejana goteaba el agua de forma monótona, incansable. Algún grifo mal cerrado o quizá una filtración del cercano río.

Aquella estancia pertenecía a los sótanos de un viejo edificio del Berlín oriental, un edificio que perteneciera al gobierno del Tercer Reich y que había sido maltratado por las bombas rusas durante la aniquilación del nazismo.

Una mesa funcional, pobre de líneas, entre los dos hombres.

Uno de ellos era alto, delgado. Sin embargo, parecía albergar mucha fuerza en su cuerpo.

Vestía traje oscuro y sombrero de fieltro también oscuro, con el ala caída tratando de ocultar sus ojos inquietos y movedizos.

Su interlocutor vestía de militar. Sobre la visera de su gorra de plato, una estrella de cinco puntas. Gafas de gruesos cristales cubrían sus ojos. La boca era de rasgos duros y exento de joya alguna que pudiera darle un ápice de ostentación.

Sólo había algo incongruente en aquel militar soviético: su diestra golpeaba rítmicamente sobre el tablero de la mesa con un bolígrafo americano que al parecer no repudiaba.

—Es necesario que lleves hasta el final esta misión, Igor Daniev.

—Es muy peligroso —gruñó el armenio.

—Se te recompensará adecuadamente —replicó el oficial de la N.K.V.D.

—Si, se enteran de que hago el doble juego, no tardarán en encontrarme en cualquier callejón, con más ojales en mi piel de los que me hacen falta.

—No lo creo. Dicen que es peligroso hacer el doble juego, pero

sois los que más sobrevivís y los que más dinero embolsáis.

—No tanto como dicen. Hay que pagar a muchos chivatos y a matones para que hagan ciertos trabajos. A la hora de la verdad no queda tanto, y debemos asegurarnos la vejez. En esta profesión en la que se juega con dos o más barajas, hay que desaparecer un día de súbito para comenzar a vivir de la jubilación, y eso no es fácil.

—Ahora tienes una magnífica oportunidad para ganar mucho dinero, un dinero que engrosará tu cuenta corriente en las cajas de caudales suizas.

—Por mi condición de armenio no se van a fiar enteramente de mí.

—Te pagaremos en efectivo en billetes de Banco.

—¿Dólares?

—De acuerdo, aunque preferimos pagar en rublos.

—No, los rublos no me interesan. No es que desdeñe su valor, pero puedo ir a lugares más alegres con dólares yanquis.

—Te gusta la vida fácil, ¿eh, Igor? —sonrió fríamente el oficial soviético. Tenía que esforzarse para no escupir su desprecio al armenio, que era capaz de vender su alma al diablo con tal de obtener dinero.

El armenio, que en realidad poseía pasaporte canadiense gracias a la emigración de sus padres durante la Segunda Guerra Mundial, cuando él contaba unos catorce años, quiso saber lo que estaban dispuestos a pagar los comunistas por la obtención del tesoro polaco.

—¿Y cuánto recibiré a cambio de la entrega?

—Veinte mil dólares.

—Cien mil —sentenció—, y ni un dólar menos.

—Es mucho.

—Nunca es mucho cuando se juega uno la piel. No se trata de una misión sin importancia. Hay mucho oro y pedrería de por medio. Para llegar a los contactos que yo tengo, hace falta mucho tiempo y experiencia. No es fácil conseguir un agente como yo para que trabaje para un bando determinado.

—No es tan difícil encontrar un agente como tú, Igor Daniev, no te sobreestimes.

—Quizá los haya algo más inteligentes, pero no más astutos, y con la confianza que me tienen importantes personajes del otro lado

del muro. ¿Cómo cree, si no, que me habrían propuesto participar en este trabajo si no confiaran en mí?

—Está bien, tendrás tus cien mil —aflojó el oficial de la N.K.D.V.

—¿Cuándo?

—Cuando el cargamento haya cruzado la frontera, y eso será cuestión tuya, Igor Daniev.

—¿No recibiré colaboración alguna? —inquirió preocupado.

—Es muy posible que no, aunque no te niego todas las esperanzas. Si tu situación se hace difícil y creemos oportuna la intervención de elementos de nuestro partido, actuarán con cuántos medios sean precisos, armas o vehículos, pero siempre que ninguno de ellos corra peligro. En esta misión no puede quedar envuelto el nombre de nuestros partido, en modo alguno. Será un robo entre ladrones. Tú tienes que ser el más astuto de todos y robarles a ellos. Te harás cargo de todo en el momento adecuado. Después, cobrarás tu parte y desaparecerá por donde te plazca.

—Nadie quiere verse involucrado en este trabajo ¿eh?

—Es que parece un poco sucio. Nosotros no podemos allanar la morada de un alemán occidental. Podría acarrear graves consecuencias políticas. Nuestro territorio está bien delimitado por nosotros mismos. Otra cosa sería si Karl von Neger viviera a este lado del muro. En contrariamos el dichoso tesoro como fuese.

—¿Tanto le interesan los tesoros sacros de Polonia?

—No es que la religión me interese lo más mínimo, pero devolviendo dicho tesoro al gobierno polaco obtendríamos un gran éxito mundial que favorecería al partido. Los polacos, por supuesto, nos estarían agradecidos.

—Pero, ese tesoro, pertenece a la iglesia polaca, no al gobierno polaco.

—Es lo mismo. Todo lo que hay en Polonia pertenece al pueblo y el pueblo es el gobierno —replicó acre el oficial. Más calmado, agregó—: Por supuesto, esas obras de arte no serán destruidas. No somos tan estúpidamente fanáticos e imbéciles como otros camaradas nuestros del Lejano Oriente. Las obras de arte deben respetarse y conservarse, pero su lugar sería un museo y no las iglesias polacas.

—Bueno, eso a mí me importa muy poco.

—Así debe ser, y además, abandona la idea de apropiarte del tesoro para descomponerlo luego en pequeñas piezas. Mis hombres te encontrarían dondequiera que fuese y se te reservaría una muerte lenta que maldecirías mil veces. Para un espía de doble juego como tú, morir a balazos o de una cuchillada es algo digno y satisfactorio, pero ser encerrado en una celda llena de humedad al norte de Rusia y sin más alimentos que pan y el agua que se filtrase por las paredes, sin más abrigo que la ropa sucia que llevaras encima, sería un fin desagradable. Cuanto más resistieras a la muerte, más sufrirías. No te conviene.

—Yo no he pensado tamaña tontería —dijo el armenio, sonriendo por primera vez, aunque por dentro sintió un ramalazo de terror.

Los pies se le habían helado pese a los buenos zapatos germano-occidentales. Sabía que el oficial, en realidad compatriota suyo de nacimiento, ya que Armenia era una de las repúblicas socialistas soviéticas, decía una verdad aplastante.

—Eso espero, y si se te ocurre decir que éstas en combinación con nosotros, ya sabes que vamos a negarlo todo. Si te descubren los del otro lado, aquí no se moverá un solo dedo para ayudarte.

El armenio se frotó las manos, nervioso. No muy lejos, el agua seguía goteando y, cerca, el bolígrafo del oficial repiqueteaba sobre la mesa.

Las amenazas del ruso no le habían agradado en absoluto.

—Creo que hay otra forma mucho más factible de obtener ese tesoro —dijo.

—¿Cuál? —inquirió excéptico el oficial ruso.

—Pasando a Karl von Neger a esta zona. Es un trabajo relativamente sencillo para mí.

—¿Y por qué prefieres traerlo a él directamente?

—Porque voy a trabajar a las órdenes de un tipo llamado Don S.

Wood y es muy listo.

—Lo sabemos. Tenemos su ficha completa aunque él lo ignora.

—Entonces, ¿pasamos al alemán a esta zona?

—No —fue la respuesta categórica del ruso.

—¿Por qué?

—Ya te he dicho que no queremos mezclarnos en este asunto

oficialmente. Por otra parte, el cerebro de Karl von Neger quedó lesionado en la guerra y una conmoción podría trastornarlo por completo. De un loco no obtendríamos información alguna y sería una ironía del destino que el tesoro quedara oculto donde debe estar, por el resto de los siglos. No podemos arriesgarnos, pero en cambio, permaneceremos atentos por si Neger resulta perjudicado por vosotros. Entonces, toda la propaganda se desplegaría acusando a los imperialistas de torturar a un exnazi pese al cuarto de siglo transcurrido.

—Hum, menudo plan. Todo está preparado para los posibles resultados.

—Exacto. Lo que puedes hacer, Igor Daniev, es deshacerte de Don S.

Wood en el momento oportuno si lo juzgas necesario, pero, recuérdalo, aunque te atraparan los occidentales en el último momento al pasar la frontera, nosotros negaríamos saber algo del asunto. Sólo aceptaríamos la posibilidad de que tú tratabas de vendernos el tesoro por miedo a las represalias de los imperialistas.

—Bien. —Movi6 la cabeza, dubitativo, y agregó—: Pero ¿qué garantía tengo de que me pagarán lo estipulado cuando el tesoro cruce la zona?

—La garantía de nuestra palabra. Siempre te hemos pagado religiosamente por tus trabajos, como dicen los cristianos, ¿no es cierto?

—Sí, pero es que esta vez son cien mil dólares.

—El gobierno polaco cubrirá esta suma. El tesoro que se recuperará vale millones.

—Entonces, no hay más que hablar. Es posible que cuando finalice la misión pase algún tiempo descansando en las costas de recreo rusas hasta que los ánimos se apacigüen en Occidente.

—Como quieras. Si el trabajo llega a feliz término, serás bien recibido en tu país natal aunque hayas renegado de él haciéndote canadiense.

—Yo no renegué, Me facilitaron la documentación canadiense mis progenitores.

—Que emigraron de Rusia cuando su obligación era quedarse para hacerla grande y poderosa.

—Lo siento, oficial, pero yo no soy quién para juzgar la conducta seguida por mis padres —se excusó el armenio—. Por ahora la nacionalidad canadiense me ha dado excelentes resultados. Si tuviera un pasaporte ruso no podría seguir ejerciendo mi profesión.

—Sí, la de espía para el mejor postor.

Igor Daniev sonrió sin decir palabra.

Se levantó de su asiento y tocándose ligeramente el ala del sombrero al estilo americano, se dirigió a la puerta de salida, desapareciendo por ella.

El oficial soviético ni siquiera se levantó de su asiento. Quedó quieto, esperando ante la mesa, repiqueteando con el bolígrafo americano color amarillo chillón.

No tardó en aparecer en la inhóspita estancia un nuevo personaje.

Se trataba de un teniente coronel de la «Volks-polizei» germano-oriental. Pese a la diferencia de graduación, el ruso no se levantó de su silla y el otro permaneció en pie aunque con mirada inquisitiva.

—¿Lo ha oído todo, teniente coronel? —preguntó el ruso.

—Sí. No me he perdido palabra gracias al micrófono que usted ha hecho instalar aquí. Ese Igor Daniev es un demonio capaz de vender a su madre si es preciso.

—Lo sé, pero es nuestro hombre.

—Sin embargo, tiene miedo —objetó el alemán.

—En efecto. Habrá que facilitarle un poco las cosas. Que no se le estorbe en absoluto.

—No se preocupe, no se le molestará. Se le facilitarán todos los trámites que pida, pero, si le ven tan amigo de mis hombres van a recelar de él los del otro lado del muro —objetó sonriendo con frialdad.

—Por la cuenta que le tiene, Igor Daniev procurará no ser visto en esta zona. El sabe cómo cruzar el muro sin ser visto. Oficialmente, en estos momentos se hallaba en el Berlín occidental.

—Sí, y me agradecería saber cómo pasa al otro lado. Tenemos controlados todos los conductos posibles.

—Sin embargo, siempre hay alguna rendija por donde se filtran las ratas como Daniev.

—Suerte que hay pocas ratas tan listas a este lado del muro, y

solemos cazarlas a todas.

—Pero siempre habrá tipos como Daniev, capaces de pasar de un lado a otro, aunque sea acuchillando a sus amigos por la espalda. No nos podemos fiar de él. Habrá que vigilarlo desde lejos, pero que él no se sienta controlado, o lo perderíamos todo.

—Mis hombres del sector occidental se encargarán de ello.

—¿Confía en ellos?

—Sí. Oficialmente son burgueses que detestan el comunismo. Conocen perfectamente su trabajo y facilitarán la ayuda que el armenio pida en caso necesario.

—Magnífico, teniente coronel, magnífico —aplaudió entusiasmado el ruso, por el éxito que ya presentía—. Pero habrá otro trabajo que llevar a cabo.

—¿Cuál? —inquirió el alemán, sentándose en una punta de la tosca mesa, iluminada por la lámpara de pantalla verde.

—El norteamericano Don

S.

Wood debe morir de accidente si es posible, pero cuando el trabajo se inicie, para que ya no puedan retroceder. De este modo, los imperialistas se verán obligados a confiar más en Igor Daniev y éste operará más tranquilo, sin estorbos.

—Comprendido —sonrió el teniente coronel—. El partido quedará satisfecho. Ese americano será eliminado y por la persona de quien menos habrá de sospechar.

Mientras, Igor Daniev se alejaba del oscuro edificio en el que mantuviera su entrevista con el oficial de la

N.K.V.D.

Anduvo por callejuelas hasta asegurarse de que no era seguido.

Al fin, tras mirar alrededor, se inclinó para levantar la tapa de hierro del colector.

Se introdujo en él y tapándolo de nuevo descendió los peldaños férreos clavados a la pared hasta llegar al fondo de la cloaca.

Los chillidos de las ratas, asustadas, no le amedrentaron. Había estado muchas veces en los colectores berlineses y los conocía como las líneas de la palma de su mano, aunque no dejaba nunca de asegurarse, siguiendo por los caminos marcados con señales y que fue iluminando con una pila de bolsillo, pequeña pero potente.

Los pasos de Igor Daniev no resonaban en el interior de la

cloaca. Siempre utilizaba suelas de goma silenciosas, unas suelas imprescindibles en su profesión.

Se había alejado bastante del muro para no ser seguido por los «vopos» y casi tardó media hora en llegar al lugar que deseaba.

En una de las galerías grandes se detuvo frente a una señal sólo captable por quien la conociera y enfocó el haz de luz hacia la pared pétrea.

Empujó con seguridad una de las grandes losas que formaban la pared y ésta cedió al fin sobre un eje, dejando al descubierto un hueco por el que se coló el armenio.

Sabía muy bien que los colectores que cruzaban a la zona occidental habían sido taponados con hormigón armado y por ellos no era factible pasar. Los colectores del Berlín Este, pertenecientes a aquel sector, iban a desembocar al río Spree, que cruzaba ambas zonas de la ciudad.

Sólo a un loco se le ocurriría pasar de un lado a otro a través del río junto a la puerta de Brandeburgo. Allí, entre alambres de espinos, minas submarinas, «vopos» y cables detectores, le aguardaba la muerte.

El armenio cerró aquel paso secreto y prosiguió por una galería angosta y más seca.

El túnel le condujo a un lugar donde había un enrejado sobre su cabeza.

Trepó por las escalerillas y le costó muy poco levantar el enrejado de hierro para pasar al cuarto de bombas de agua perteneciente al zoológico berlinés.

Por aquel enrejado se filtraba el agua que pudiera brotar de alguna bomba averiada, aquellas bombas que surtían de agua las diversas instalaciones para la vida de los animales del célebre parque zoológico.

Igor Daniev poseía una llave maestra que abría a la perfección la cerradura que tenía la puerta de plancha de acero que cortaba el acceso de los curiosos al cuarto de bombas.

Miró a un lado y a otro, y quedó en el recinto del parque, cerrando la puerta tras de sí.

Anduvo por entre las jaulas y zonas cercadas, donde osos, menos, leones, tigres y otros animales tenían una porción de tierra semejante a la de su medio habitual de vida.

De pronto:

—¡Alto! ¿Qué hace usted ahí?

El armenio se volvió. En perfecto alemán respondió ambiguamente:

—Perdone, es que me he quedado dormido.

—¿Dormido? Eso se lo explicará a la policía —rezongó el guardián nocturno del parque.

—Disculpeme, lo siento. Tenía sueño y me he quedado dormido, se lo juro.

—No me explique nada —gruñó de nuevo el vigilante—. Ya le he dicho que tendrá que explicárselo a la policía. Mi obligación es entregarle a ella. Sígame.

—Sí, sí, claro —asintió en tono pesaroso.

Sus manos no semejaron moverse y, sin embargo por el interior de la manga de su chaqueta resbaló una navaja automática cuyo acero desnudó en breves instantes.

La hoja se hundió en el cuerpo del guardián, que miró al armenio con la boca abierta de dolor y ojos llenos de horror e incomprensión.

Igor Daniev era muy hábil con el arma blanca y no le hacía falta asestar el golpe por dos veces; nunca fallaba.

—Estúpido, ¿por qué te has entrometido? —Gruñó, sosteniendo el cuerpo de su víctima con las manos para que no cayera al suelo.

Miró alrededor y al fin optó por acercarse a uno de los fosos en el que había varios ejemplares de tigres de Bengala.

Sin dudarle un instante, arrojó por encima de las púas defensivas el cadáver. Éste quedó en el interior del foso.

No tardó en escuchar los gruñidos de las fieras.

—Ellos se encargarán de no dejar pruebas a la policía —musitó sonriendo—. Todo habrá sido un fatal accidente del guardián nocturno al caer dentro de uno de los fosos, seguramente por imprudencia. Es lo que mañana publicarán los periódicos.

El astuto armenio, que no perdía su sangre fría, borró cuidadosamente todas las huellas que habían dejado los talones del guardián al ser arrastrado sobre la tierra.

Salió del parque utilizando una llave falsa y minutos después se integraba al alegre Berlín, que con profusión de cerveza y luminotecnia, semejaba olvidarse del alto y oscuro muro que lo

dividía en dos.

CAPÍTULO

IV

El deportivo «Volkswagen» se detuvo frente a la entrada de la mansión de los Von Neger.

Una reja espesa unía el muro que iba desde el Havel al lago Tegeler. Era una pared alta, maciza, infranqueable. A simple vista no tenía que envidiar nada a la que dividía Berlín en dos mundos.

—Buenos días, señorita Neal —saludó el portero en alemán.

—Buenos días, Peter. Este amigo viene conmigo —dijo Dana señalando al norteamericano.

El portero germano tendría ya sus cincuenta y cinco años, mas se conservaba recio y fuerte. Don hubiera jurado que aquel hombre, durante la guerra, habría pertenecido a la

SS

alemana, probablemente a las órdenes del general Von Neger.

—Puede pasar.

Les fue franqueada la gran verja de hierro y el «Volkswagen» pasó al interior de la mansión, aislada del mundo en sus tres cuartas partes por agua y un alto muro por el lado este.

—Magníficos jardines —opinó Wood—. Son vastísimos.

—Sí. Von Neger exige de sus jardineros esmero y técnica. Esta mansión no tiene nada que envidiar a las mejores y más elegantes de Beverly Hills en Los Ángeles de California.

—Es lo que estoy viendo —aceptó Wood.

El coche serpenteó durante dos kilómetros por entre grandes zonas verdes de césped recortado y poderosos árboles dignos de ser pintados.

Sin embargo, en medio de tanta belleza verde, había algo sombrío, incapaz de ser explicado, y sí presentido.

El coche de la joven se detuvo aplastando la grava frente a la entrada principal de aquella mansión de planta y piso con dos

almenas que le conferían aspecto de castillo, situadas en la fachada en los ángulos este y oeste respectivamente. La entrada de la casa miraba hacia la lejana Francia.

Por la puerta apareció un hombre que vestía igual que el portero.

Aquel traje no era el propio de unos vulgares servidores, más bien parecía un uniforme castrense o policial. Lo que más aspecto militar le daba era la gorra de plato, muy semejante a las utilizadas por los nazis, aunque en ella no podía verse ninguna cruz gamada.

—Buenos días, señorita Neal. Los señores están en el campo de deportes.

—Bien, Reinier. Hacia allí iremos nosotros también.

El servidor germano no era tan viejo como el portero, pero también pasaría de la cuarentena. Parecía más dinámico, más seguro de su poder que su compañero.

Los rasgos duros de su rostro hicieron pensar a Don S.

Wood que aquel sujeto resultaría más peligroso que el otro.

—Podemos ir paseando —indicó Wood.

—Sí, es mejor —aceptó Dana, apeándose del auto tras serle abierta la portezuela por el criado.

Caminando sobre la grava se dirigieron a las instalaciones situadas al lado este de la casa y mirando al lago Tegeler.

—Los criados de Von Neger parecen *dogermen* en vez de hombres.

Ella sonrió.

—Tengo referencias de que todos pertenecieron a la Gestapo. Son hombres peligrosos, pero perros fieles para el amo de la casa. Confían en él y están resentidos por la derrota de la pasada guerra.

—Ya ha transcurrido un cuarto de siglo.

—Para ellos no pasa el tiempo. Estoy segura de que debajo de sus almohadas tienen sus «cruces de hierro» ganadas Dios sabe cómo y que acarician con mimo. En público no les verás jamás quejarse o dolerse por algo. Son como el granito y cumplen sin objeciones cuanto Von Neger les ordena.

—¿Aunque sea asesinar? —preguntó irónico.

—No sería yo quien me pusiera a prueba —repuso Dana.

—Creo que yo tampoco. Dime cuántos tipos como esos dos hay

en la casa.

—Seis.

—¿Es todo el servicio completo?

—No. Hay dos camareras, por cierto hijas de Reinier y de la cocinera, que es su esposa. Los demás carecen de familia, que yo sepa.

—¿Y las chicas son guapas?

—Ésa es una opinión que debe darla un hombre mejor que una mujer, pero desde mi punto de vista, parecen percherones en vez de jovencitas. Cuidan a la perfección del servicio, mas no me extrañaría que matara a un becerro de un puñetazo en la cabeza.

—Todo unos ejemplares... Sería bueno que Von Neger convirtiera esta mansión en una especie de zoo humano; ganaría mucho dinero.

—Yo también creo que sería un pingüe negocio —corroboró ella.

En la zona deportiva de la mansión había una pista hípica que rodeaba el resto de las instalaciones.

En el centro, una piscina de tamaño olímpico, una mesa, sillas y parasoles de jardinería y dos pistas de tenis. En una jugaba una pareja. Don dedujo que la chica debía ser la hija de Von Neger, una joven alta, recta de hombros y cabellos rubios recogidos en una gran trenza.

En la piscina había, tres jóvenes, dos de ellos sobre colchonetas neumáticas bronceando su piel al sol, una piel ya morena de por sí y que traslucía perfectas anatomías de las que una mujer madura no apartaba la vista, una mujer que se hallaba sentada una silla de ruedas y junto a una mesa.

Al otro lado de la mesa, un joven de mirada desvaída, perdida quizá, encorvado hacia adelante y con amplias manos puestas sobre una masa de barro fresco que pretendía modelar.

No muy lejos de ellos, cubierto en parte por una sombrilla, un hombre grueso que vestía un uniforme semejante al de sus empleados.

Estaba sentado en una tumbona y Wood hubiera jurado que tenía todos los músculos en tensión. Aquel hombre miraba hacia el otro lado del Havel con unos poderosos prismáticos.

Tras este grupo y no muy lejos, con el clásico uniforme de línea castrense, uno de los servidores de la casa permanecía en pie

esperando órdenes.

—El de los prismáticos es Von Neger —dijo Dana. Luego, se encaró con la mujer madura—. Buenos días, *frau* Von Neger; buenos días, *herr* Von Neger. Hola, Walter —saludó por último al joven que modelaba un tanque de aspecto infantil.

Don acaparó las miradas de los tres principales personajes que tenía delante. Luego, el joven subnormal observó a Dana con ojos que parecían aliviados al verla.

Karl von Neger le miró sin recato a través de sus poderosos prismáticos, dándole la impresión de hallarse bajo un enorme microscopio.

Los ojos brillantes de *frau* Von Neger le contemplaron de arriba abajo. Después sonrió ampliamente. Seguramente le había parecido un magnífico ejemplar de la especie varonil.

—Se ha retrasado hoy, Dana —observó la impedida. Cubría sus piernas con una tela suave, ya que hacía calor.

—Disculpe, señora. Me he retrasado porque he ido a recibir a un amigo mío llegado de los Estados Unidos. Es un poeta de la nueva ola norteamericana.

—¿Y eso da para comer? —preguntó Von Neger con brutalidad.

—No seas impertinente, Karl —replicó su esposa, con una mueca—. Tú no eres un artista, no entiendes de esas cosas. —Luego se dirigió a Wood—: Discúlpelo, y confío que se sentirá bien en este Berlín tan sufrido.

—Me sentiré magníficamente, *frau* Von Neger —dijo Wood respetuoso.

—¿Y dice que es poeta?

—Al menos intento serlo, señora.

En aquellos momentos, saltando alegremente, se acercó a ellos la pareja que jugaba al tenis.

—Vaya, tenemos visita —dijo la chica, que era realmente bella.

—Sí, el caballero es amigo de Dana, recién llegado de Norteamérica.

Romy von Neger puso sus brazos en jarras. Movié ligeramente sus piernas bien torneadas y a la vista de todos, ya que llevaba la mínima expresión de falda para tener libertad de movimientos, tras contemplar a Don por unos instantes, opinó:

—Eres muy atractivo como hombre. ¿Cómo te llamas?

—Don

S.

Wood, Don para los amigos, aunque no sé si... —dijo, adoptando un ademán de timidez que estaba muy lejos de sentir.

—Disculpe su desparpajo —indicó la mujer—. Ha salido a su padre.

Dana se movió ligeramente nerviosa aunque sin abandonar su sonrisa.

—Me he permitido traerlo aquí porque él ha manifestado su deseo de conocer a una familia intrínsecamente alemana.

Con su habitual brutalidad, Von Neger preguntó:

—¿Para luego poder escribir payasadas sobre nosotros?

—De momento aún no escribo payasadas, señor Von Neger, sólo las estudio. Es como la preparación de una gran guerra. Si antes no se han estudiado todos y cada uno de los problemas se corre el peligro de ser aniquilados.

Von Neger encajó la indirecta y dio un respingo incorporándose en la tumbona.

Apartó los prismáticos colocándose unas gafas de fina montura de oro, con cristales ridículamente redondos.

—Karl, no te acostumbrarás nunca a recibir lecciones. En cuanto a usted, Don, sea bienvenido a esta casa. Los amigos de Dana son nuestros amigos. Ella no es para nosotros una simple empleada, es algo más. Mis hijos la aprecian mucho y nosotros la estimamos a través de ellos. Sabemos de su talento, en especial de la labor ejemplar que realiza sobre mi pequeño Walter.

Al oírse tratado de aquella forma, alguna parte del cerebro del muchacho se rebeló y sus dedos se hundieron en la masa de arcilla, estropeando la figura que estuviera modelando.

—¿Qué has hecho, Walter, hijo mío? Has estropeado tu tanque...

—No se preocupe, señora. Lo hará de nuevo y mejor, ¿verdad, Walter? —inquirió Dana.

El joven subnormal miró a Dana con timidez y afecto, que trató de ocultar bajando la vista enseguida.

—Sí, sí, Dana, lo haré de nuevo.

—Pero ahora, ve a lavarte las manos. Ya continuarás en otro momento.

—Sí, sí, ya lo haré en otro momento...

Tras lanzar una mirada a Don, y no amigable precisamente, el joven se alejó hacia la casa.

—Creo que lo mejor sería que nos diéramos un chapuzón. El agua está muy buena —indicó la tenista.

—Me imagino que debe ser refrescante. Hace calor hoy en Berlín —opinó Wood.

—Pues báñese usted también. Dana también participará en el baño, ¿verdad, querida?

—Sí, señora, naturalmente; me agrada nadar.

—Yo lo siento, pero... —objetó Wood ambiguamente.

—No irá a decirme que no sabe nadar, ¿verdad? —le preguntó jocosa la joven Rommy, junto a la que permanecía silencioso en todo momento un muchacho alemán de elevada estatura.

—Quizá sea timidez —indicó *frau* Von Neger.

—Ni lo uno ni lo otro, simplemente que no tengo aquí bañador. He venido a estudiar la etnología teutónica y no pensaba bañarme. Disculpenme.

Madre e hija soltaron sendas carcajadas. La primera indicó:

—Por eso no debe preocuparse. Uno de mis servidores se cuidará de darle un bañador de su talla. Vamos, vamos, no se hagan esperar.

—En ese caso, no hay nada que objetar.

Los jóvenes se dirigieron a los vestuarios deportivos.

Al quedar a solas Karl von Neger y su mujer, éste preguntó:

—¿Te gusta ese tipo? A mí, no.

—No digas tonterías, es lógico que no te guste. Jamás podrías comprender a un poeta.

Karl von Neger tendió los prismáticos a Hanelore, con sarcasmo indicó:

—Toma, querida. Haría mal efecto que me los pidieras cuando ya estuvieran en la piscina.

—Gracias, querido. Me complace que hayas aprendido a ser comprensivo.

La mujer tomó los prismáticos y los graduó a su gusto.

En la gran piscina seguían los tres bañistas amigo: de su hija. Dos de ellos permanecían sobre las colchonetas, bronceándose, y el tercero había salido del agua para tenderse junto al borde de la

piscina. *Frau* Von Neger podía contemplar a placer lo que deseaba.

Pasó poco rato antes de que los jóvenes aparecieran ya en bañador.

Las jóvenes lucían sendos bikinis. Dana blanco, contrastando con su piel tostada, y Rommy, negro.

Don subió directamente al trampolín.

Todas las pupilas se centraron en su cuerpo atlético inclusive los ojos de la señora Von Neger a través de los prismáticos.

El norteamericano efectuó un salto impecable, dandi dos vueltas en el aire sin que su figura se descompusiera lo más mínimo.

Al fin se sumergió de cabeza, levantando apenas salpicaduras de agua. Al regresar a la superficie tuvo que escuchar una serie de aplausos.

El agua de la piscina semejó hervir al nadar todos en ella.

Rommy tomó un guijarro del fondo y, bien alto, para ser oída, gritó:

—¡A ver quién coge antes la piedra del fondo!

Arrojó la piedra y todos se sumergieron. La profundidad era considerable. Don también se lanzó en busca del improvisado objetivo.

De pronto notó que la figura de Rommy se le acercaba y entre los diversos nadadores que buscaban la piedra le abrazó pegando sus labios a los masculinos. Luego se apartó.

Don perdió unos instantes preciosos y se dio cuenta de que ya era tarde para buscar la piedra. Ascendió a la superficie.

—¡Yo la tengo! —exclamó Dana alegre, mostrando el guijarro.

—Los cinco chicos son buenos nadadores. A ver quién de ellos es el más rápido. Haremos una carrera —propuso Rommy.

La idea fue aceptada.

Había que cubrir la longitud de la piscina en ida y vuelta, lo que hacía cien metros al estilo libre.

Don secundó el juego y se lanzó al agua a la orden de Rommy.

—Es magnífico, querido, este hombre es un prodigio.

—¿Como nadador o como varón? —preguntó mordaz Von Neger, mirando a su mujer, que no se quitaba los prismáticos de delante de los ojos.

—En las dos cosas.

Mientras la carrera tenía lugar, el exgeneral de la Gestapo se

retiró unos metros y Haver, uno de sus hombres más leales, se le acercó:

—¿Qué has averiguado, Haver?

—Poco, señor. Es norteamericano y tiene la documentación en regla.

—¿Profesión?

—Escritor.

—Lo que quiere decir que no hace nada —gruñó el exgeneral—. No me simpatiza ese tipo. Mientras esté en mi casa, vigílalo bien, pero que no se dé cuenta.

—Así se hará, general.

—No me llames general, puede oírte.

—Como usted ordene, señor.

—Retírate.

Hubo un grito de júbilo.

Don

S.

Wood ganó la carrera sin dificultad, demostrando ser el mejor nadador del grupo.

—¡Mamá, creo que me voy a enamorar locamente de este hombre! —exclamó Rommy, colgándose del brazo de Wood.

No muy lejos de ella, Dana le lanzó una mirada hostil. El iceberg que era su conducta con respecto al amor, comenzaba a resquebrajarse ante la competencia.

—Vamos, Rommy, no molestes a nuestro invitado.

—Si no me molesta, sólo le gusta bromear. Es juventud lo que tiene.

—¿Y nada más? —preguntó la chica moviéndose ante él sin recato, haciendo que su padre diera un respingo pero sin atreverse a decir nada.

—Y belleza, por supuesto.

—Rommy, deja de hacer el simio. Don querrá sentarse un rato aquí con nosotros y charlar.

—Bueno, si me permiten, iré a cambiarme —indicó Wood.

Hanelore se apresuró a objetar:

—Oh, no, por Dios, no hace falta. Puede sentarse aquí, cerca de mí, y tomar el sol mientras saborea un refresco que ahora le traerán. Rommy...

—¿Qué, mamá?

—Ordena que traigan bebidas para todos.

—Está bien —respondió de mala gana, al percatarse de que su madre no dudaba en acaparar la atención del norteamericano.

—¿Va a estar muchos días en Berlín?

—Pues no sé, dos o tres semanas... Depende.

—De los estudios sobre la raza teutónica que logre hacer, para poder versar sobre ella en el momento oportuno.

—Hum... Ya se ha escrito demasiado sobre nosotros.

—No seas quisquilloso, Karl. Déjale, es su trabajo y además de mucho prestigio —protestó la dama.

Se giró hacia Wood y, dándole una palmada en el brazo desnudo, todavía húmedo por el agua de la piscina, agregó:

—Por supuesto, mientras permanezca en Berlín se hospedará en mi casa.

—¡Hanelore! —interpeló el general, adusto ante la proposición.

—No, muchas gracias, pero no quiero molestar —se apresuró a argüir Don, quien, sin embargo, estaba preparando las cosas para quedarse allí y de este modo investigar con más libertad. Igor y Dana serían sus contactos en el exterior.

—No será ninguna molestia —dijo Hanelore.

—Es que tiene ya el equipaje en su hotel —intervino Dana esta vez, irritada por el acercamiento de la esposa de Von Neger hacia el norteamericano.

Sabía de antemano que esto iba a ocurrir. Lo habían planeado ella y Don, pero al llevarlo a la práctica se sentía molesta.

—Entonces será cuestión de enviar a alguien para que traiga su equipaje desde el hotel. Vamos a destinarle una de las mejores habitaciones de la casa y en ninguna parte mejor que aquí podrá estudiar la raza germana. Tenemos una galería de retratos de nuestros antepasados que le agradará mucho.

—No quisiera ser descortés, pero... —aún se resistió Don.

Hanelore desvió la vista del norteamericano para centrarla en su marido con insolencia y premura. Éste se vio obligado a decir:

—No se sienta molesto. Si mi esposa dice que estará bien aquí, así será y disculpe mi brusquedad. Padezco inesperadas jaquecas. — Se inclinó para añadir—: Hasta otro momento.

—¿Lo ve, Don? No hay objeciones que pueda hacer. Se quedará

aquí.

—Debo estarles muy agradecido, porque es cierto que mejor que aquí, en el seno de una familia auténticamente germana, no podría estudiar su raza, y quizá abandone en parte la poesía para dedicarme a la filología.

—Oh, no, le prefiero poeta. ¿Me recitará algún verso? —preguntó Hanelore.

—Sí, pero en otro momento, ahora no me siento inspirado. Por cierto, yo mismo iré a recoger mis cosas. Tardaré en regresar. Quisiera tener libertad para entrar y salir de la casa. He de efectuar varias visitas y, por otra parte, Dana ha prometido enseñarme la ciudad con detalle.

Al escuchar aquellas palabras, Hanelore von Neger miró primero sus piernas, amarradas a la silla de ruedas y luego a Dana, su belleza estilizada, alta, de piernas bien formadas, caderas sinuosas y juventud y frescor a todo lo largo de su cuerpo.

Un destello agrio, de envidia, apareció en sus ojos ya maduros.

—Por supuesto. Ya daré orden para que se tenga en cuenta su deseo, aunque la puerta se cierra por la noche. ¡Ah!, cuando regrese siendo ya oscuro, atienda las indicaciones que le den nuestros servidores. Solemos soltar los perros por los jardines para que a nadie se le ocurra entrar en nuestras posesiones.

—Lo tendré en cuenta, *frau*.

—Por favor Don, llámeme Hanelore. Mi marido, por supuesto, no se va a molestar.

Le tendió la mano, que la mujer trató de retener más de la cuenta y luego se separaron.

Ella misma movió las ruedas de su sillón, aunque no tardó en acudir uno de sus muchachos asiduos.

Don y Dana quedaron solos junto a la piscina. Ella, sin mirarlo, con la vista fija en el grupo que se alejaba comentó:

—Has interpretado tu papel a la perfección y por lo visto le has gustado a esa dama un tanto desequilibrada por su invalidez.

—Sí, creo que no lo he hecho mal. También la hija parece desear que me quede.

—¿Ah, sí, también ella?

—Sí, ¿no te has dado cuenta? Por cierto, me ha besado bajo el agua. No he podido ponerme en guardia. Es todo un delfín nadando

y como tú estabas preocupada en recoger la piedra... —comentó irónico.

Ella tensó los músculos de su rostro y apartó la mirada del hombre para que éste no adivinara sus pensamientos.

—No quería estropear tu magnífica actuación.

—¿Es que acaso hubieras tratado de defenderme?

—¿Yo? Vamos, vamos, Don, ya te dije lo que había en el Erwartung, o no tengo una mente enfermiza ni una voluntad tan débil como la de ellas.

—Seguro que no, pero me ha parecido que te molestaban ciertas particularidades del trato que han mostrado madre e hija hacia mí.

Ella se volvió bruscamente.

—Sería una niña si me dejara embaucar por ti. No vas a darme celos, no hay motivo para que yo los tenga. No te hagas ilusiones, querido.

—Pues si yo te quisiera a ti, sí podría tenerlos.

—¿Tener celos de mí? —repitió ella jocosa.

—Ya te he dicho que si te quisiera —advirtió él.

—¿Ah, sí? ¿Y quién es el que me ama, de quién podrías sentir celos suponiendo que cometieras la estupidez de amarme, puesto que no serías correspondido?

—Pues de Walter von Neger.

—¿Walter, ese pobre muchacho?

—Sí. Hay que ser imbécil para no darse cuenta de que es a ti a quien más quiere en el mundo.

—Pero si tiene la mente de un niño y por demás un niño tímido al que bastan unas palabras de reprimenda para dominarle, asustarle y hacerle llorar —protestó ella como si acabara de escuchar una barbaridad.

—Sí, es muy posible lo que tú dices. Es un niño cerebralmente hablando, pero tiene un cuerpo de hombre, no se te vaya a olvidar.

—No digas tonterías, Don.

—No digo tonterías y, otra cosa: los niños sienten celos, quizá con más rapidez que los adultos y los manifiestan también con celeridad. Ellos captan actitudes que los adultos no logramos descubrir en ocasiones.

—¿Qué tratas de decirme?

—Pues que Walter me ha mirado con odio. Quizá a nadie ha

mirado con tanto odio como a mí desde que ha venido al mundo.

—Pero ¿qué dices; por qué habría de odiarte, si apenas acaba de conocerte?

—Muy sencillo. El se ha percatado de algo que los demás han pasado por alto.

—¿Y qué es? —preguntó ella intrigada.

—Pues que, aunque lo niegues, tus miradas se posan en mí de un modo especial y significativo.

—¡Eso no es cierto! —replicó ofendida.

—¿Ah, no? Pues gírate bruscamente y mira hacia los setos que tienes a tu derecha.

Dana Neal obedeció y aún pudo descubrir a Walter parapetado tras ellos. Con unos prismáticos ante los ojos, los enfocaba.

—¡Si es Walter que nos está observando! —exclamó ella.

—Ya te lo he dicho, querida.

Walter von Neger desapareció tras los setos, sintiéndose descubierto.

CAPÍTULO V

Don

S.

Wood abandonó el edificio de apartamentos. En la fachada, una ventana dejó de ser luminosa.

El norteamericano, con el pequeño y oscuro maletín en la mano, pues el resto de equipaje seguía en el aeropuerto tras advertir que debía cambiar de destino, salió a la calle.

—*Herr* Wood.

Recordó aquella voz que acababa de interpellarle por la espalda.

—Hola, Otto. ¿Qué haces aquí a estas horas de la noche?

El chófer del «Mercedes-Benz» estaba allí, con su figura cuadrada cubierta con chaqueta larga.

—Le estaba esperando, *herr* Wood —respondió en su mal inglés.

—¿Aguardarme a mí?

Ante la extrañeza del norteamericano explicó cachazudo:

—Me han contratado para que le lleve en el coche cuando le haga falta y adonde desee. Yo conozco muy bien Berlín, me amamantaron aquí —pisó el suelo con fuerza, dando más peso a sus palabras.

—No dudo que conozcas Berlín, Otto; pero no es necesario que estés todo el día tras de mí. Me parecería que me espían.

Las palabras del norteamericano parecieron divertir al alemán que rió abiertamente mostrando sus dientes, su lengua y con un poco más de luz se le hubieran visto hasta las amígdalas.

—En Berlín todo el mundo está espiado, *herr* Wood Eso ya es parte de nuestra propaganda turística. Quien quiera ser espiado por agentes secretos, que se venga a Berlín. No importa la indumentaria que lleve, aquí se sospecha de todo el mundo.

Don comprendió que iba a ser muy difícil hacer entrar en razón a aquel chófer alemán contratado por el coronel para que le evitara

problemas en los desplazamientos interurbanos y que más valía utilizar sus servicios.

—De acuerdo, Otto. —Se introdujo en el «Mercedes-Benz» y ya en el interior del vehículo ordenó—: Llévame a la mansión de los Von Neger. ¿Sabes dónde está?

—¿Y quién no en Berlín, *herr* Wood, y quién no? —repitió sentándose al volante.

Don se acomodó bien en el asiento y tras encender un cigarrillo que el alemán rechazó, pensó en todo lo sucedido durante el día.

Dana Neal le agradaba y mucho. Estaba seguro de que ella no le miraba con malos ojos precisamente, pero seguía siendo un iceberg en su trato. Parecía como si Dana sólo viviera para llevar hasta el fin aquella misión.

Pensó en el grupo Von Neger, una familia digna de figurar en una tragedia rusa, o quizá un drama americano a lo Tennessee Williams. Sin embargo, aquello no era ficción, allí había una realidad latente.

Von Neger escondía uno de los muchos tesoros que los líderes nazis habían robado a sus antiguos propietarios por el abuso de la fuerza y Von Neger no quería aquel tesoro para su partido, un partido ya desaparecido.

El, como otros muchos, ansiaba el tesoro para sí. No obstante, pese a haber transcurrido más de un cuarto de siglo de los hechos consumados, no se atrevía a sacar su botín y sólo lo había hecho en pequeñas partes.

Von Neger temía las represalias de tantos enemigos como se había ganado, entre ellos los polacos, los soviéticos y los judíos, aunque el exgeneral de la Gestapo sabía bien que los Gobiernos aliados estaban deseosos de quitarle lo que tenía bien escondido para devolverlo a sus verdaderos propietarios.

Organizada su mente para mejor poder llevar a feliz término aquel lío en que le involucrara el coronel británico como precio a su salvación, se percató de que habían llegado frente a la gran reja del muro que unía el río Havel y el lago Tegeler.

—Toca el claxon levemente, Otto —ordenó.

—Bien, *herr* Wood. No los vamos a despertar a todos.

A la llamada del claxon acudió uno de los extraños servidores de Karl von Neger, con su uniforme de aire militar prusiano de la

última guerra.

—¿Quién es? —preguntó, pegándose a la reja pero sin abrir todavía.

—Soy Don

S.

Wood, el invitado de los señores Von Neger.

—Bien; pero ¿quién le acompaña?

—Quite esa linterna de mi cara —gruñó Otto Hafftis al sentirse enfocado de lleno a través del parabrisas.

—Es mi chófer.

—Pero él no tiene permiso de paso por la noche, *herr* Wood —protestó el vigilante.

—Mi chófer regresará en su coche. Yo puedo bajar ahora mismo y...

—No, no baje. Deberá llegar hasta la casa dentro del auto, de lo contrario resultaría despedazado.

—¿Despedazado? —masculló Otto—. ¿Acaso hay fieras?

—Está la jauría de *dogermans* de *herr* Von Neger suelta como cada noche y son muy peligrosos. Ellos vigilan los alrededores de la mansión y nadie que no vaya protegido por un auto puede pasar.

—Entonces abra la puerta. Dejaré a *herr* Wood en la mansión y regresaré enseguida, antes de que me conviertan en filete para perros.

El chófer alemán inundó con la luz larga la serpenteante carretera interior de la gran mansión y en varias ocasiones pudieron ver los ojos brillantes de los fieros perros que custodiaban la posesión de Von Neger.

—Me dejaría despellejar vivo antes que cruzar andando esta zona verde.

—Sí, es cierto; esos perros parecen peligrosos. Los alemanes saben adiestrarlos. En la guerra pasada los utilizaron con bastante asiduidad en los campos de concentración.

—Todos los alemanes no pensábamos como el Führer, *herr* Wood.

—Es cierto Otto, disculpa. Ha sido un comentario inoportuno.

—No hay de qué, *herr* Wood. Aquello pasó. La Alemania de Bonn es otra cosa, aunque todavía queden personajes como Von Neger.

El «Mercedes» se detuvo frente a la puerta del edificio de piedras oscuras, casi podría decirse que malditas, una mansión que al parecer había sido respetada por las bombas de las tropas aliadas.

Se abrió la puerta de entrada y tras recoger su maletín, Don se despidió del chófer germano.

Pasó al interior de la casa viendo cómo el automóvil se alejaba con rapidez y vomitando luz a raudales, como si quisiera escapar de un lugar peligroso, maldito.

—¿Ha traído más equipaje, *herr* Wood? —preguntó el servidor de la mansión que le había recibido.

—No, sólo traigo el maletín. Mañana enviarán el resto.

—En ese caso, le conduciré a la habitación que *frau* Von Neger le ha destinado.

El interior de la mansión se hallaba débilmente iluminado por luz eléctrica, luces indirectas que no se veían y que, sin embargo, infundían una leve claridad en las estancias principales y en la gran escalera para que pudiera verse transitar por ellas sin necesidad de otras luces.

Don se dijo que con aquella luz las armaduras, cuadros y tallas de otras épocas adquirirían un aspecto fantasmagórico que si a él le importaba muy poco, sí podía influenciar en una mente algo desequilibrada.

—Ésta es su alcoba, *herr* Wood —indicó el senador, abriendo una puerta que daba a un regio corredor, donde todas las puertas aparecían talladas en madera de nogal y con adornos cúpreos.

—Está bien. Me figuraba que sería grande, pero no tanto —manifestó en voz alta.

—Todas las estancias son espaciosas, *herr* —dijo el servidor—. Si desea algo, sólo tiene que pulsar el conmutador que encontrará en la cabecera de su cama.

—Comprendido.

Ya solo, cerró con llave desde el interior y puso una silla de modo que cayera al suelo con estrépito si alguien trataba de entrar.

Después se dedicó a registrar la habitación, comprobando que no había nada anormal en ella, aunque cualquiera de los medios electrónicos podía ocultarse tras un cortinaje, cuadro o la gran lámpara de la alcoba.

No abrió la ventana, pero a través del cristal pudo ver que había

una altura considerable hasta el suelo. Por si faltara poco, los perros aguardarían abajo.

Tranquilo abrió su maletín sobre la cama.

De él extrajo una pequeña pero potente linterna que se guardó en el bolsillo. Pensaba hacer alguna excursión nocturna. No esperaba encontrar nada a las primeras de cambio, pero sí le interesaba conocer palmo a palmo la mansión y saber por dónde caminar en caso necesario.

De debajo de la camisa extrajo un diminuto emisor-transmisor japonés, que habría de ponerle en contacto con el exterior para planear la huida con el tesoro en caso de éxito, y junto al aparato electrónico, una

«P-22»

de precisión con silenciador y mira telescópica.

—Puede que me haga falta.

Con sendas agujas especiales, colgó el emisor y la pistola tras un cortinaje a media altura, para que cuando le registraran el maletín y la habitación no pudieran hallarlos.

—Me toman por un imbécil y ya sé que me han registrado la ropa mientras me bañaba.

En efecto, Don había dejado sus prendas de tal forma al irse a bañar que cualquier movimiento, por pequeño que fuera, le indicaría que habían sido revisadas.

Aquello, para una persona sin su preparación, hubiera pasado inadvertido, pero a él le daba la impresión de que una manada de elefantes había pasado sobre sus ropas. No habían dejado detalle sin registrar concienzudamente, como sabían hacer los miembros de la ya desaparecida Gestapo.

Súbitamente, sus sentidos se alertaron y los músculos de todo su cuerpo se pusieron en tensión.

Había escuchado un ruido leve, apenas perceptible, pero que no había escapado a su fino oído.

—Si me espero aquí, puede que tenga un disgusto —se dijo irónico.

Se acercó al cortinaje tras el que escondiera su arma y aguardó apenas unos segundos.

Había luz en la habitación, aunque no demasiada. Un alto y estrecho tapiz flamenco que colgaba de una de las paredes se movió

ligeramente.

—Vaya, lo que faltaba, una entrada secreta. Estas mansiones antiguas estaban acondicionadas para los líos de alcoba.

Quien quiera que fuese el que se hallaba tras el tapiz, permaneció unos instantes observando, pues seguramente la tela tendría algún pequeño orificio por donde filtrar las pupilas.

El inesperado visitante estuvo como un minuto en observación sin ver nada, pues Don siguió oculto tras el cortinaje.

Al fin, una sombra blanca se deslizó por la pared surgiendo por detrás del tapiz flamenco que representaba una merienda bajo un árbol.

La figura blanca, a la que no logró identificar por tener la cortina delante, recorrió la estancia hasta situarse frente al amplio lecho y de espaldas al cortinaje tras el que se escondía Wood.

«Creo que es hora de salir de aquí», se dijo el norteamericano.

Se deslizó con sigilo saliendo de detrás de la cortina y vio que su visitante era una mujer cubierta por un vaporoso salto de cama blanco. Por la larga y espesa cabellera rubia desbordada sobre los hombros, se dijo que no era otra que Rommy von Neger.

Se detuvo apenas dos pasos tras la chica, mostrando una sonrisa mezcla de ironía y cinismo.

—Buenas noches, Rommy. ¿A qué debo el placer de tu visita?

La muchacha, sorprendida y sobresaltada, se volvió en redondo quedando encarada con él.

—¡Don, pero si...!

—Te ha parecido que no estaba, ¿no es eso lo que ibas a decirme?

—Eres un diablo —recriminó ella.

La joven y vehemente berlinesa salvó los dos pasos que la separaban del hombre. Le rodeó el cuello con sus brazos y lo besó.

Cuando Don quedó libre de aquella caricia, opinó:

—Eres bonita, pero yo quisiera saber primero por qué has venido a visitarme en la forma que lo has hecho.

—¿Lo ignoras? —inquirió ella con un suspiro, besándolo acto seguido.

—Calma, calma, gatita —dijo él, separándola con suavidad—. No debes mostrarte tan vehemente.

—Pero si te quiero, me gustas. Sólo al verte...

El, irónico, agregó:

—Y el verso continúa: sólo al verte me he prendado de ti. Vamos, vamos, un poquito de calma, Rommy. Yo no soy ningún niño. Amo lo que quiero, lo que me interesa, y no todo lo que se me presenta.

—¡Grosero!

—No te molestes, no he querido decir que tú no estés bien, que no seas hermosa y que no me gustes, simplemente que no me agrada que las mujeres me acosen. Prefiero conquistarlas yo, tiene más encanto.

—Si sólo es eso... —le dijo sonriéndole de nuevo.

—Tendremos tiempo para jugar al gato y al ratón. Ahora me gustaría jugar de otra forma. Todos los hombres somos un poco niños.

—No te entiendo —le dijo ella, apartándose ligeramente para que el hombre la pudiera contemplar mejor y llenarse los ojos de su belleza venusina.

—Te he visto penetrar en mi habitación por detrás del tapiz. Estoy seguro de que si me hubieras visto en la alcoba no habrías utilizado esa entrada.

—Es cierto. Has sido demasiado listo y has descubierto la entrada secreta, cosa difícil; pero ya es tarde para lamentarse.

—Bien... Ahora, ¿me dirás adónde conduce esa entrada misteriosa?

—No.

—¿Por qué?

—Porque es un secreto que pertenece a la casa y sobre el cual no tienes ningún derecho.

—Vamos, vamos, Rommy —le dijo convincente, acercándosele y acariciándole el cabello.

Notó que ella se estremecía.

En aquel cuerpo joven y atractivo había un constante y explosivo deseo de amar y ser amada, pero su belleza no hizo olvidar al hombre la figura más serena, y segura de Dana Neal.

—Es imposible. No puedo revelártelo.

—Es inútil que protestes, cariño. Con introducirme yo por el pasadizo lo averiguaré todo.

—Puedo gritar y los criados de la casa te sacarán a rastras —

amenazó ella.

—Es muy posible, pero tú colaborarás conmigo y evitarás que esto suceda. Tengo mucho interés para mis estudios en averiguar los pequeños detalles y secretos ocultos que guardan las viejas mansiones germanas. Si eres buena y me guías, luego regresaremos aquí.

La besó rápida y suavemente, tan suavemente que a la hija de Von Neger le pareció que algo inmaterial había rozado sus labios.

—Está bien, Don; pero júrame que no explicarás lo que veas. Si mi padre se enterara, no iba a perdonármelo.

—Sólo puedo jurarte que haré lo que pueda por no hablar, pero soy tan débil cuando tengo una hermosura como tú delante...

Y la empujó hacia el tapiz que él mismo se encargó de levantar en parte.

Tras el tapiz apareció la pared con su empapelado, pero lisa, llana, sin aberturas visibles.

—Diablos, está bien hecho esto.

—Sí. Mis antepasados hacían bien las cosas y aunque golpearas la pared no notarías nada.

Comprobó con su puño a todo lo largo del trozo de pared que ocultaba el tapiz y hubo de admitir:

—Es cierto, no se nota ahuecada en ninguna parte.

—Ni los más severos registros han logrado descubrir este pasadizo.

—¿Lo conocen muchas personas?

—Mis padres y yo.

—¿Y tu hermano Walter?

—No lo creo. Nunca lo he visto por el pasadizo.

—Bien, y ahora me dirás cómo se abre esta puerta. No voy a pasarme el rato buscando el resorte.

—Será mejor que primero apagues la luz.

—Está bien, apagaré la luz y luego correremos una aventura.

—No sé si tú verás algo. Yo puedo andar a oscuras por los corredores, los conozco bien, claro que por la parte de abajo no me atrevo a tanto.

—No te preocupes, yo tengo una linterna que nos servirá —respondió Don, dirigiéndose hacia el conmutador de la luz para sumir la alcoba en la oscuridad como si se hubiera preparado para

dormir.

—¿Ya está abierta? —preguntó al enfocar con su linterna y ver la figura blanca de Rommy en el hueco oscuro del pasadizo secreto.

—Sí, ya podemos correr una pequeña aventura, pero regresaremos pronto aquí. Lo anhele.

—¿Cuál es el resorte que ha abierto la puerta? —preguntó evasivo.

—Eso no te lo diré.

—De acuerdo, no es problema para mí. Sigamos adelante.

Pasaron al interior del pasadizo y Don comprobó que la puerta secreta estaba revestida de ladrillos por su parte interior, impidiendo de esta forma dar sensación de oquedad.

Rommy se encargó de cerrar la puerta, que a su quedó oculta por el tapiz flamenco.

Quedaron en un corredor angosto con toda la obra de albañilería sin rebozar. Vigas de madera y ladrillos eran la única decoración.

El haz de luz de la pequeña pero potente linterna descubrió otras puertas semejantes a la de la habitación que le habían destinado, puertas que sí, por su parte exterior, eran casi imposibles de descubrir, allí estaban bien visibles.

—¿Pertenecen a las otras alcobas del piso?

—Sí. Si las abriéramos podríamos entrar en la alcoba de mi padre y en la de mi madre.

—¿Duermen en habitaciones distintas?

—Sí. No se entienden muy bien desde que mamá quedó paralítica.

—¿La de tu hermano también da a este corredor?

—Sí, y otras que están ahora desocupadas. Podemos hablar tranquilamente en voz alta, yo he comprobado que no se oye nada.

—¿Cómo lo hiciste?

—Poniendo un magnetófono de pilas delante de la puerta que conduce a mi cuarto. Es ésta, apréndetela bien. Si has de estar algunos días aquí, es bueno que sepas identificarla.

—Sí, claro —asintió él por complacerla—. ¿De modo que no se oía lo que grabaste en el magnetófono?

—No, no se oía.

—Un pasadizo bien hecho, ¡cuántos líos podría costarnos! Allí se ve una escalera que desciende. ¿A dónde conduce?

—A la planta y al sótano.

—Prosigamos.

Bajaron al primer tramo que daba a la planta baja. En el rellano sólo descubrieron dos puertas.

—¿Adónde conducen?

—Una a la biblioteca y la otra al despacho de mi padre.

—Entonces sigamos adelante.

Rommy se detuvo con un gesto de aprensión en su rostro.

—Al sótano no me agrada bajar.

—¿Por qué?

—Me da miedo.

—¿Has bajado alguna vez?

—Sólo una y no lo vi todo.

—¿Subiste corriendo?

—Sí, sentí mucho miedo. Mejor será que volvamos arriba.

El la retuvo por el brazo.

—¿Qué hay abajo que te inspira miedo?

—Todo el horror que puede encerrar una de estas viejas mansiones europeas.

—¿Calabozos?

—Sí, y también una cripta con tumbas de piedra y una sala para tormentos que debieron emplear hace más de cien años.

—Eso tendrá otra entrada, ¿verdad?

—Sí, pero está cerrada con hormigón. Mi padre la hizo cerrar antes de que yo naciera. Es lo único que sé.

—Todo lo que me has explicado es en extremo interesante.

—Prefiero no continuar hacia abajo, tengo miedo; no puedo evitarlo.

Wood creyó que sólo había un medio para convencerla de que no temiera y lo puso en práctica.

Después de besarla preguntó:

—¿Vas a tener miedo yendo conmigo?

—No, pero estaremos poco rato, ¿eh? Prefiero regresar a nuestras habitaciones cuanto antes. Allí sí lo pasarás bien y no viendo lugares repulsivos.

El norteamericano no le respondió. Iluminó la angosta escalera con el foco de la linterna.

Aqué! era un lugar idóneo para ocultar un tesoro robado que,

por otra parte y según les informes, debería tener un volumen y peso considerable.

«¿Tendré tanta suerte?», se preguntó *in mente*.

El sótano debía estar a una profundidad considerable, ya que tuvieron que descender unos cuantos peldaños.

Al fin llegaron a una sala amplia en la cual la única luz era la que Wood portaba en su mano.

—Esto debe ser la sala de las torturas, ¿verdad?

—Sí.

El cono de luz fue girando en arco, iluminando cadenas, el potro y varios aparatos, más ideados para torturar, desarticulando, aplastando, cortando y desgarrando.

—No está mal. Tus antepasados debieron ser muy generosos con el sufrimiento ajeno.

—Vamos, Don, ya lo has visto.

—Todavía no. —Se adelantó hacia el potro, tocando su rueda—. Aún está en buen uso, aunque le falta un poco de grasa. Claro que chirriando los engranajes de hierro y madera producían más efecto a la víctima.

—No hables así, todavía me infundes más miedo.

—Allí hay otra escalera ascendente.

—Es la que daba antes al exterior y que ahora está cubierta con hormigón. Luego hay tierra encima y afuera es parte de un gran parterre de césped.

—De modo que no hay forma de entrar por ahí.

—No.

—Entonces continuemos por las otras puertas que hay en esta sala.

—Don, si sigues tendré que marcharme sola.

—Si quieres, vete, yo te alcanzaré. Ahora, para mis investigaciones, me interesa dar un vistazo a todo esto.

Rommy miró hacia atrás, hacia la escalera que acababan de abandonar y se acercó aún más al hombre.

—Te seguiré, pero terminemos pronto de una vez.

Una puerta de bronce, sin mirilla alguna, cerraba un paso.

Don preguntó:

—¿Qué hay aquí?

—Puedes leerlo arriba.

—«Cripta» —leyó tras proyectar la luz sobre unas letras esculpidas en alemán que entendió perfectamente. En voz alta agregó—: «

QUE

DIOS

Y SATANÁS DEJEN

DESCANSAR

EN PAZ A LOS QUE

AQUÍ

YACEN

».

—Ya lo has visto. Es una cripta, y según el libro genealógico de la familia que hay en la biblioteca, están enterradas aquí nueve personas.

—¿Son los Von Neger los que empleaban toda esta sala de torturas?

—No. La verdad es que los que yacen aquí son antepasados de mi madre y no de papá. Ella lo sabe todo, pero no le gusta hablar de estas cosas.

—¿De modo que aquí están los antepasados de tu madre?

—Sí, pero no los que tú crees.

—No te entiendo.

—Verás. Los antepasados normales están en un mausoleo en el cementerio de Berlín. Aquí sólo reposan los bastardos de la familia.

—Comprendo. Los malditos, por culpa del corredor que une las alcobas en forma secreta. Pues todavía hay que quitarse el sombrero ante los antepasados de tu madre. Nueve no son muchos, teniendo en cuenta la vehemencia hereditaria que padecéis.

En otros momentos, Rommy se hubiera molestado, pero entonces tenía miedo y todo el desparpajo que podía tener en una alcoba, o a pleno sol en la piscina, allí se esfumaba.

—Regresemos. Ya lo has visto todo.

Don se hizo el desentendido. Su interés estaba centrado en la puerta.

CAPÍTULO

VI

—¿Se puede abrir esta puerta?

—No. La cripta de los bastardos no ha sido abierta en muchos años.

Wood enfocó la cerradura con la linterna. Era antigua, pero no fácil de abrir. Era evidente que aquella cerradura no la habían modernizado.

—Bueno, será mejor olvidarse de los muertos —dijo en voz alta, mientras pensaba que en otros momentos podía probar con una ganzúa.

—No hables de los muertos, me da miedo.

—Pues bien que no te da miedo pasearte por el corredor que une las habitaciones.

—Arriba es distinto.

Llevando a la joven cogida de su brazo, Don indicó:

—Vamos hacia allí. Parece que esas puertas con reja sí están abiertas.

—Ésos son los calabozos.

—Me agrada dar una ojeada al lugar donde encerraban a sus víctimas tus antepasados.

A Rommy no le quedó otro remedio que seguirle.

Cruzaron por la puerta enrejada.

—Aquí se abren varias puertas con cerrojo; lo que no comprendo es cómo podían respirar aquí abajo.

—El aire debería entrar por la puerta actualmente cerrada.

—Y ahora que está cerrada debe existir algún tubo de respiración, porque aunque el aire es húmedo, fresco y está cargado, todavía es respirable. Veamos qué hay en ese calabozo, parece más grande.

Con la luz por delante pasaron al interior de la celda que tenía

una mirilla como de medio pie cuadrado.

—Si no hay nada... Ya ves, suelo y paredes empedradas, ni siquiera ventanuco.

—Hay argollas en las paredes. Por lo visto, no tenían suficiente con encerrarlos en esta especie de pozo que aún los encadenaban.

Apenas acababa de pronunciar estas palabras, cuando la puerta se cerró a sus espaldas.

—¡Don! —chilló Rommy aterrorizada.

El norteamericano se abalanzó contra la puerta, mas ya era tarde.

El cerrojo acababa de ser pasado por una mano, y no precisamente amiga, desde el exterior.

—¡Hemos caído en una ratonera! —Gruñó Wood.

—¡Quiero salir! —chilló Rommy.

Al enfocar con la linterna hacia la mirilla, Don vio el cañón de una pistola. Inmediatamente, apagó la linterna.

—¡Cuidado, van a dispararnos! —gritó.

Las detonaciones hallaron eco en las paredes desnudas. Los tímpanos de la pareja se sintieron heridos, mientras los plomos buscaban sus cuerpos.

El arma fue disparada con rabia, casi con desesperación.

Los fogonazos brotaron consecutivos y Don pudo escuchar el chasquido metálico al no encontrar el percutor fulminante que hacer estallar el cargador había sido vaciado.

Escucharon unos pasos alejándose a la carrera.

Don corrió hacia la mirilla y pasó la luz de la linterna al exterior. No pudo ver nada, sin embargo estaba seguro de que era un hombre el que huía por el ruido de sus zapatos.

—¡Rommy! —No obtuvo respuesta—. ¡Rommy! —insistió.

Preocupado, buscó con la linterna por el calabozo apto para varios presos. Acurrucada en un rincón, descubrió a la muchacha.

—¿Estás herida?

—No... —denegó apenas sin voz.

—Pero si estás tiritando —comentó Don, alzándola y dándose cuenta de que no temblaba precisamente de frío.

—¿Seguimos encerrados?

—Sí. El que ha pretendido convertimos en un depósito de plomo se ha marchado dejándonos aquí dentro. Menos mal que no nos ha

dado.

—¡Dios mío, ojalá nos hubiera matado!

—¿Por qué? —preguntó ante el grito de angustia de la joven.

—Porque no podremos salir de aquí nunca, moriremos lentamente, nadie vendrá a sacarnos, nadie puede oír nuestros gritos... —estalló en un violento sollozo.

—Vamos, vamos; calma. Saldremos de aquí.

—No, nunca podremos salir. Nadie sabrá que estamos aquí abajo sin agua, sin comida. Moriremos lentamente... Eso es lo que pretende el que ha querido asesinarlos.

—Eso ya lo veremos. Se ha precipitado un poco nuestro frustrado homicida.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó la joven al verle acercarse a la ventanilla.

El brazo de Don no cupo por la mirilla.

—Vamos, Rommy, intenta pasar tú el brazo. Puede que llegues al cerrojo. Aquí no hay candado.

Muy asustada, Rommy sollozó:

—Imposible, no podremos abrirla.

—Sin embargo, debes intentarlo.

El brazo de la mujer, más delgado, pasó por la mirilla sus dedos sólo atenuaron primero el aire y arañaron después la sólida puerta.

—¡No llego, no puedo alcanzarlo, está muy abajo! ¡Lo calcularon para que nadie pudiera abrirlo! ¡No saldremos de aquí, no saldremos! —gritó histérica, moviendo la cabeza de un lado a otro.

La diestra de Wood cruzó el aire por dos veces de derecho y de revés, alcanzando de lleno el rostro femenino que giró impulsado por las bofetadas.

—¿Vas a callarte o tendré que seguir pegándote?

Ella refugió el rostro entre sus manos y sollozó en silencio, más calmada.

Dejó la linterna encendida en el suelo para que iluminara la puerta, y sacándose la correa que sujetaba su pantalón, la dispuso de forma que quedara una especie de lazo.

La pasó por la mirilla, la balanceó y así probó fortuna varias veces, hasta que quedó enganchada.

—Todo va bien —exclamó contento pero tenso, con la mano fuera del calabozo a través de la mirilla.

—¿Lo has conseguido? —preguntó Rommy excitada, tomando la linterna.

—Todavía no, pero ha habido bastante suerte. Nuestro carcelero tenía prisa y no lo ha pasado totalmente. Ahora sólo falta tirar un poco de la correa y ya está.

En efecto, el cerrojo quedó franqueado y la puerta se abrió hacia dentro tras un leve tirón.

Rommy se precipitó fuera de la celda y Don se puso de nuevo el cinturón.

—¿Lo ves? Todavía no estamos condenados a morir de hambre y de sed aquí en la oscuridad.

—Tengo miedo, quiero salir. Ha tenido que ser el fantasma de alguno de esos bastardos quien nos ha querido asesinar.

Wood sonrió irónico.

—No lo creo. Si así fuera, habría utilizado un puñal y no una moderna pistola.

—Entonces, ¿quién habrá sido?

—No estoy seguro, pero tengo una ligera idea.

—Quien sea, es peligroso. Hay que llevarlo a la cárcel.

—No sé, no sé; por de pronto mejor será que subamos. Aquí abajo ya hemos visto suficiente.

Ascendieron por la escalera y Rommy lo hizo muy rápidamente. Sólo deseaba zambullirse bajo las ropas de su cama para sentirse más protegida.

—Ya hemos llegado al corredor.

—Antes de desaparecer de aquí, es mejor averiguar por dónde ha huido el asesino.

—No me interesa saberlo ahora, Don. Mañana será otro día.

—Aguarda. Indícame cuáles son las alcobas y a quiénes pertenecen.

—Bien, pero yo me marchó a la mía y te agradecería que vinieras a hacerme compañía. Tengo mucho miedo.

—Lo siento, no voy a dormir antes de que encuentre algo. ¡Ah!, y prométeme una cosa.

—¿El qué?

—Que mientras yo no te diga nada, tú guardarás silencio sobre lo ocurrido abajo.

—¿Lo dices por mi padre?

—Sí. No quiero que él interprete mal mi curiosidad.

—No te preocupes, por lo que a mí me conviene, no diré nada. A él le molesta mucho que yo utilice los pasadizos secretos.

—De acuerdo. Ahora, di.

—Pues, esta primera es la mía. La tercera es la tuya.

—¿Y la de en medio?

—La de Walter.

—¿Y las siguientes?

—Hay cuatro más vacías en ala este del edificio y luego vienen seguidas las dos de mis padres.

—Está bien, ya puedes acostarte. Ahora me las arreglaré yo solo.

—Que tengas suerte, pero no se te ocurra decir a nadie que por mi causa has descubierto los pasadizos. Mis padres no iban a perdonármelo.

—De acuerdo, no temas.

Rommy desapareció por la puerta de su dormitorio y Wood caminó hasta colocarse frente a la que él creía que correspondía al frustrado asesino.

Con sigilo levantó la aldaba que sujetaba la puerta y que mediante un mecanismo de finas cuerdas podía ser abierta desde el interior de la estancia.

Abrió lentamente la puerta secreta, apareciendo otro tapiz igual al que había en su habitación.

Llevaba la linterna apagada, pero la estancia tenía dos grandes ventanales que daban frente a la generosa luna, y no podía decirse que el dormitorio se hallara en la oscuridad.

En la cama pudo ver el bulto de una persona durmiendo y no se trataba de un engaño, pues respiraba.

Se le acercó con sigilo y al llegar a la altura del lecho, observó el rostro del durmiente, que no era otro que Walter von Neger.

Una mueca se dibujó en la cara del norteamericano al observar la faz del muchacho. Los ojos de éste se hallaban apretados, tratando de simular que dormía en un acto propiamente infantil.

—Walter, dame la pistola. No te has salido con la tuya.

Walter no se movió y Wood lo zarandeó. El hijo de Von Neger mantuvo sus ojos cerrados.

—Vamos, deja de hacerte el dormido, que no engañas a nadie.

De pronto, abrió los ojos. Lo hizo desmesuradamente y comenzó

a gritar:

—¡Suélteme! ¡Madre, madre!

—Cállate, condenado. ¿Es que no tienes bastante con tratar de matarnos? Sólo podías ser tú el insensato que quisiera asesinarlos, no sólo a mí, sino también a Rommy, tu hermana, cosa que no se le hubiera ocurrido jamás a tu madre, a tu padre ni a ningún servidor de la casa.

—¡Madre, madre! —gritaba desesperadamente, protegiéndose en el interior del embozo.

Al zarandear a Walter, Wood notó algo duro en la almohada, mas no tuvo tiempo de averiguar lo que era. La puerta se abrió de par en par y se encendió la luz.

—¿Qué hace aquí, Don? —preguntó con reproche la voz de *frau* Von Neger.

Inmediatamente, apareció tras ella el propio exgeneral, embutido en un batín, y dos servidores.

—¿Qué ha sucedido? —inquirió Karl von Neger con tono demagógico.

Wood se volvió hacia ellos y les sonrió con aire de disculpa.

—No ha sido nada de importancia. Me sabe mal que se hayan molestado.

—Déjese de pamplinas y explíquese —apremió el general—. No es correcto que usted esté en la alcoba del chico. ¿Qué ha venido a hacer aquí? ¿Es que habré de lamentar que sea nuestro huésped?

—Por favor, Karl, modérate. Estoy segura de que Don tendrá una explicación buena que darnos. A la legua se ve que es todo un caballero.

—Gracias por su confianza, *frau* Von Neger. Yo sólo intentaba que el hijo de ustedes no sufriera un accidente.

Walter, que seguía cubierto por la colcha hasta la nariz, miró preocupado al yanqui.

—¿Tratar de evitar un accidente? ¿Qué clase de accidente? —preguntó excéptico el exgeneral.

Antes de proseguir, Don miró al infeliz desequilibrado y dijo suavemente:

—No debes temer nada. Nadie quiere hacerte daño. Sólo deseamos protegerte, ser amigos tuyos. Nadie tiene nada contra ti.

La mirada de Walter pasó de un lado a otro, mas no articuló

palabra. Seguía inmóvil, asustado. Don estaba seguro de que ni con pinzas habrían de sacarle una explicación creíble.

—Esto se alarga. Por lo visto no sabe qué historia inventarse, señor Wood —gruñó Von Neger.

—No me he de inventar nada, *herr*. Mire aquí.

Pasó la mano debajo de la almohada y ante el estupor de Walter sacó la pistola, que si bien no estaba fría tampoco podía decirse que estuviera caliente.

—¡Una pistola, qué horror! —exclamó la madre.

—Es una «Luger» calibre 38

¿Acaso le pertenece a usted, Von Neger?

Con las pupilas achicadas, el exgeneral adelantó unos pasos. Tomó la automática de la mano del norteamericano y la observó un instante. Luego la dejó deslizarse al interior del bolsillo de su batín.

—Sí, es mía —asintió agresivo.

—Pues por lo visto, el muchacho la ha encontrado en un descuido suyo, probablemente.

—Yo no sufro descuidos —replicó molesto.

—Vamos, Karl, no seas impertinente. Además de que Don nos está ayudando a evitar una situación desagradable que podía llegar a ser trágica, lo tratas como si fuera un enemigo. Por lo visto, la herida de tu cabeza no te deja reflexionar demasiado.

—No hables de mi herida. ¡Sabes que me molesta!

—Sí, sí; claro. Hay que tratarte con más calma que al chico —comentó irónica. Se volvió hacia el norteamericano, adelantando su silla de ruedas—. ¿Y cómo se ha dado usted cuenta de que Walter tenía la pistola?

Walter le miró asustado y Wood le sonrió afablemente.

No podía guardarle rencor por ser una mente infantil y no una persona a la que había que castigar por tratar de cometer un homicidio.

—Andaba por el corredor, buscando los aseos, cuando he visto a Walter con la pistola en la mano. En principio he pensado que se trataría de un arma de juguete, pero luego he creído conveniente averiguarlo siguiéndolo. Cuando quería comprobar lo de la pistola, él, asustado por mi presencia, se ha puesto a gritar. Por mi parte, no ha ocurrido nada y creo que si al muchacho le dan una tisana,

dormirá más tranquilo.

—Sí, eso es lo justo, que se la preparen inmediatamente —ordenó *frau* Von Neger.

—Está bien, creo que le debo una disculpa —dijo el exgeneral a regañadientes.

—No tiene que dármela. Soy yo quien debe darles las gracias por permitirme hospedarme en su grata mansión. En ninguna otra parte como aquí podré llevar a cabo mi misión —dijo con doble sentido.

Hundiendo las manos en los bolsillos, abandonó la habitación regresando a la suya propia.

CAPÍTULO VII

—De modo que al fin se ha descubierto el pasadizo secreto — comentó el coronel británico, sentado con aire pensativo en uno de los mullidos sillones que tenía Dana Neal en su apartamento.

—Es extraño que no lo descubrieran en registros anteriores — comentó Wood, de pie junto al amplio ventanal.

—No, no es extraño —intervino la propietaria del piso—. Ya durante la guerra, Von Neger hizo taponar el pasadizo con hormigón y luego lo cubrió con tierra. Transformando la entrada en un espléndido parterre, no resultaba fácil descubrirlo. Por otra parte, tú mismo has dicho que las puertas secretas son de tan perfecta realización que resultan imposibles de darse cuenta de ellas a simple vista. Yo misma he pasado mucho tiempo en esa casa enseñando a la chica y a Walter y nada he podido descubrir.

—Dana tiene razón —asintió Igor Daniev, acomodado en un rincón del *living*, junto al pequeño bar y sosteniendo un vaso lleno de licor en la mano.

—Qué chasco para los soviéticos que lo registraron primero — comentó burlón el coronel británico.

—Según los informes, se efectuaron tres registros más por las fuerzas aliadas y tampoco se obtuvo nada.

—Eso es, Dana. Ha habido que esperar muchos años para descubrir el secreto de nuestro hombre.

—No corran tanto. Todavía es posible que el tesoro no esté oculto allá abajo.

—Es casi seguro que está donde sospechamos —dijo Igor con una siniestra sonrisa de satisfacción—. Es un lugar magnífico para esconderlo y fácil de controlar desde todos los puntos de la casa.

—Sí, tengo que admitirlo —aceptó Don—; pero puede que Von Neger sospeche de mí y trate de cambiarlo de sitio.

—No es fácil —intervino el coronel—. Ese tesoro pesa mucho y, por otra parte, es complicado de esconder.

Dana, pensativa, dijo:

—Tiene que estar en esa cripta. Si Walter tenía el rubí, es que halló el tesoro, y por lo que tú has contado, él también conoce el pasadizo y le habrá sido fácil entrar en la alcoba de su padre o en el despacho y arrebatarle la llave de la cripta de los bastardos. Como es un niño, no ha querido llevarse el tesoro, sino sólo algo que llamó su atención.

—Un rubí que te dio a ti —dijo el coronel—. Gracias a él hemos podido asegurarnos de que el tesoro está todavía cerca de Von Neger y que no le ha sido posible transformarlo en marcos, por lo menos en su gran parte.

—Un niño que por poco liquida al americano —comentó Igor con sarcasmo.

Don miró a Dana y éstaladeó la cabeza para no sentir sobre sus ojos las pupilas escrutadoras del hombre.

—Es cierto. Ese Walter estuvo en un tris de enviarme al otro mundo, pero no tiene mala intención, sólo que se ha enamorado de su profesora. Creo que la tiene como mitad madre, en lo que respecta a su mente; y mitad mujer, en lo referente a su cuerpo.

—Don, te agradecería que dejaras esto.

—Tiene razón en hablar de ello. Ese muchacho es la clave de todo y, por otra parte, ha estado a punto de morir a sus manos —indicó el coronel.

Wood suspiró largamente.

—Creo que Dana tiene razón —dijo—. Hay cosas que no se pueden evitar y es mejor no hablar de ellas. Lo importante ahora es localizar el tesoro polaco.

—Que está en la cripta —puntualizó el armenio.

—¿Piensa abrir la puerta con una ganzúa o va a intentar hallar la llave verdadera? —inquirió el coronel.

—Probaré con una ganzúa. Creo que robar la llave me llevaría tiempo y podría tener un tropiezo irremediable. Sin embargo, hay otra solución mejor.

—¿Cuál? —inquirió el coronel. Dana e Igor formularon la misma pregunta con la mirada.

—Dar parte del descubrimiento a las autoridades. Ellas se

encargarían de entrar en la mansión, registraría y hallar el tesoro. Luego lo reintegrarían a sus verdaderos dueños.

—No —cortó Igor de modo tajante—. Ellos lo entregarían al Gobierno polaco y los santuarios se quedarían sin sus tesoros.

—No creo que el Gobierno federal alemán se equivocara al remitir el tesoro a su verdadero destinatario. No tenemos tontos por mandatarios —indicó Don irónico.

El coronel inglés cortó:

—No se dirá nada a nadie. Este trabajo pertenece al Gobierno británico y se realiza en el más estricto secreto a través de mí. Debo entregar el tesoro a las autoridades de mi país, y de este modo será reintegrado a la Iglesia polaca.

—¿Qué más da quien se lo entregue? —Gruñó Don.

—Es muy importante apuntarse un éxito político en los tiempos que corremos. Los ingleses sabemos mucho de política. Tras la política vienen las buenas relaciones, luego el comercio y los negocios, pero se empieza siempre con política. Polonia, como todos los países satélites de la

URSS

, carece de muchas cosas que si no son indispensables para vivir, sí lo son cuando el bienestar principal está cubierto. Nuestras industrias se están preparando para exportar de forma masiva, tal como lo hacen Estados Unidos y el devorador Japón.

—Yo opino que lo importante en todo esto es dar su merecido a Von Neger. Ése es el motivo por el que estoy colaborando —dijo Dana.

Cruzó los brazos ante su torneado busto y se llevó a los labios el largo cigarrillo emboquillado.

—Espero que el Reino Unido no olvide sus promesas. Sólo soy un mercenario en este juego —dijo Igor cínicamente.

—Descuida. Se te pagarán los diez mil dólares prometidos.

—Es lo menos que puedo recibir cuando se van a tocar tantos millones —repuso con cinismo, pensando en los cien mil dólares que le habían prometido al otro lado del muro divisor del gran Berlín.

—Todos están exponiendo sus motivos para dejar a Von Neger sin plumas y sin cacarear, porque a nadie podrá ir a quejarse cuando su tesoro desaparezca. No sé si el coronel lo ha contado,

pero yo estoy aquí por una deuda contraída en una situación estúpida.

—Una situación en que le salvé la vida a cambio de dinero.

—¿Cuánto? —Gruñó Wood—. Preferiría pagar y olvidarme de todo esto.

—¿Tienes miedo? —preguntó Dana.

—¿Miedo? —sonrió con sarcasmo—. Desconozco el sentido de esa palabra, pero huelo mal en este negocio y preferiría ir directamente a las autoridades. Me molesta este lío de querer ser un país u otro el que devuelva las joyas sacras, aderezándolo todo con una gran publicidad para obtener beneficios posteriores. —Vamos, Wood, no sea tan pusilánime y no olvide que le salvé la vida a cambio de este trabajo que está realizando.

—¿Y por qué no lo lleva usted a feliz término? Después de todo, ya sabe dónde está el tesoro.

—Lo lamento, pero el nombre del Reino Unido no se puede mezclar en este asunto. Sería perjudicial.

—Y podría tener una mala prensa —comentó Wood burlón—. Bien, seguiré adelante.

—Sabía que no me defraudaría, Wood. Confiaba en su palabra.

—Entonces, ¿cuál será el plan a seguir desde ahora? —preguntó Igor.

—Ahora será todo más fácil. Usted, Wood, cuando necesite transporte, vaya al 23 de Perleberger Strasse. Allí encontrará...

—¿A Otto?

—Sí. El le ayudará en lo que precise. Es un buen hombre.

—A ese buen berlinés no tengo que buscarlo; siempre me encuentra él a mí.

—Así debe ser, para eso le pago —asintió el coronel—. Además, me debe algunos favores del final de la contienda pasada, cuando yo era un simple teniente de a ocupación aliada.

—En ese caso, me serviré de él con confianza.

—Estábamos hablando del plan de ataque —indicó Dana, al parecer muy interesada en solucionar aquel asunto con prontitud.

—Sí, va a ser fácil. Usted, Wood, procurará meterse en esa cripta, pero tenga cuidado con el hijo de Von Neger.

—Lo tendré.

—Ese fulano es capaz de agujerearle la sesera a uno con tal de

quitarle una pelota.

—No hable así de él, Igor —reprochó Dana molesta.

—Está bien, está bien; no hablaré así de su pequeño; y enamorado alumno —replicó con sorna.

—Dejémonos de discusiones tontas —gruñó el coronel—. Usted, Wood, como le decía, buscará en esa cripta.

—¿Y si encuentro algo?

—¿Tiene bien su transmisor?

—No lo he utilizado todavía, pero está en buenas condiciones.

—Bien. Con él llamará a Igor y éste me llamará a mí a su vez.

—De acuerdo. ¿Y cuando yo reciba la llamada?... —preguntó el armenio, cuya mente iba elaborando mientras su propio plan.

—Dana habrá pretextado una jaqueca y se quedará aquí en el piso. Cuando tú, Igor, hayas recibido el aviso de Wood, si todo ha ido bien y el tesoro ha sido descubierto, llamarás a Dana por teléfono.

—¿Entraré yo en acción entonces?

A la pregunta de la joven, el coronel, que lo organizaba todo, repuso:

—Sí. Bajarás a la calle y llevarás el coche a la zona verde del zoológico. Allí, en un lugar convenido, te encontrarás con Igor.

—¿Y entonces qué? ¿Nos pondremos a pasear por el zoológico como una pareja de tórtolos?

—No digas tonterías —replicó Dana un tanto nerviosa por los comentarios que se habían hecho durante la conversación respecto a ella y a Walter.

—Tú te meterás en el portaequipajes del auto de Dana.

—Pero si mi coche es un deportivo «Volkswagen».

—Sí, ya sé que el portaequipajes es pequeño, pero Igor tendrá que hacer lo posible e imposible para meterse dentro. Recuerda a esos payasos de circo que se introducen en coches minúsculos, teniendo una estatura considerable.

—No soy un payaso, pero lo intentaré, coronel.

—Bien. Luego tú, Dana, conducirás el coche hasta la mansión Von Neger. Te será fácil entrar en ella como siempre. Aparcarás bajo la ventana que corresponde a la habitación de Wood y dejarás el auto allí.

—Y me presentaré a la familia Von Neger, diciendo que gracias

a unas tabletas que anuncian mucho por la televisión he mejorado.

—Exacto. Darás tus clases, pero a la hora de marchar, encontrarás tu coche averiado.

—¿Deberé estropearlo yo? —inquirió Igor.

—No. Tú no saldrás del portaequipajes, aunque te ases vivo allí dentro y te falte la respiración. Sin embargo, sería mejor que Dana llevara el «Volkswagen» al mecánico ahora mismo para que le hicieran algunos agujeritos en el suelo del maletero e Igor no se nos muera.

—Se agradece la intención —gruñó el armenio.

—Bien, ya lo haré y lo dejaré todo preparado para que se estropee. Pondré unas bujías malas.

—Buena idea. Luego, abandonas el coche y te marchas sin él. Puedes llamar a un taxi.

—Pero ¿y si los Von Neger quieren recurrir a un mecánico? —preguntó la joven.

—Tú dirás que no hace falta, que tu mecánico te lleva bien el coche, y como lo tienes a prueba después de una reparación que le has hecho, será mejor que mañana vuelva él contigo a recoger el auto. Como a todo esto ya será tarde y habrá caído la noche, no se presentarán problemas para que el coche se quede en la mansión.

—Espero que los perros no me huelan.

—No temas, no dejan acercarse los perros a la casa propiamente dicha —explicó Dana—. Tienen mucho trecho para vigilar más abajo.

—Bien, todo marcha a la perfección —comentó el coronel satisfecho.

—¿Igor se pondrá en contacto conmigo al caer la noche? —interrogó Wood.

—Sí. Las joyas serán descendidas por la ventana hasta el coche de Dana.

—Quizá no quepan en él —opinó Don.

—En el «Volkswagen» no cabrán, lo esconderán todo entre unos matorrales. Luego, usted bajará por el ventanal e irán al garaje de la casa. Si encuentran a algún vigilante, háganlo dormir del modo más rápido posible.

—Yo me encargaré de ese problema si surge —indicó Igor.

—Bien. Como decíamos, irán hasta el garaje y se apoderarán de

un gran «Hispano Suiza» que Von Neger tiene allí. Ya está un poco pasado de moda, pero rueda muy bien. Sin embargo, deberán empujarlo hasta llegar junto al tesoro que cargarán en él. Ocuparán el portaequipajes y el espacio posterior, asiento incluido.

—Bien, pero ¿y si nos descubren? —preguntó Don—. No ha de correr la sangre.

—No, la sangre no correrá e Igor ya ha dicho que se encargará de solucionar los problemas que surjan.

—Correcto —asintió Igor sonriente.

—Bien; continúe.

—Una vez cargado el coche, descenderán hacia la puerta por el camino particular sin poner el motor en marcha para no hacer ruido. Conducirán en la oscuridad. Para eso confío en usted, Wood. Sé que es un experto piloto.

—Gracias. Lo haré lo mejor que pueda; pero ¿qué ocurrirá con el vigilante de la puerta?

—De momento no habrá que preocuparse de los perros yendo dentro del coche. En cuanto al guardián de la puerta, yo me encargaré de dormirlo —anunció el coronel.

—¿Usted? —inquirió Don incrédulo y mordaz.

—Sí. Por una vez intervendré, porque aquí será el final del trabajo.

—Ya, no quería actuar hasta el final —comentó Wood, de nuevo.

—A mí me parece bien —dijo Igor—; pero ¿qué hará usted, coronel?

—Cuando lleguen a la puerta, el vigilante ya estará dormido. Sólo tendremos que abrir la verja, cosa que harán desde dentro cogiendo las llaves del guardián que seguramente yacerá en el suelo. Saldrán al exterior, lo que resultará sencillo puestos todos en combinación. Si el vigilante telefonara a la casa, habría problemas, pero como yo le sorprenderé desde el exterior, no pasará nada. Claro que las llaves quedarán dentro de la caseta y de allí o de sobre el cuerpo del vigilante las recogerán.

—¿Y cómo piensa dormirlo, coronel?

—Muy fácil. Llamaré su atención y...

—¿Le pegará un tiro? —inquirió Wood molesto.

—Sí, pero un disparo con una ampolleta de somnífero, igual que

se caza a las fieras. Dormiré un par de horas, nada más. Ya le he dicho que no me gusta que corra la sangre sin motivo. —Se recostó en el respaldo del sillón y agregó—: Mi Gobierno no me perdonaría que en todo esto sufrieran inocentes, aunque los servidores de Von Neger pertenecieron todos a la Gestapo en tiempos de Hitler.

—Me parece un plan perfecto. Usted tomará el coche a la salida de la mansión Von Neger; y, ¿hacia dónde se dirigirá después? —preguntó Dana Neal.

—A la Embajada inglesa, naturalmente. Yo le pagaré a Igor; la deuda de Wood quedará saldada y tú complacida, Dana.

—¿Complacida? —repitió Wood intrigado.

Evasiva, Dana repuso:

—Es una historia muy larga de contar.

—Yo la explicaré. Karl von Neger, poco antes de la guerra, arruinó a los padres de Dana y ella se toma ahora la revancha haciendo un favor al mundo libre y a la Iglesia, ayudando a restituir lo que es de ésta. Un gesto altruista que la dignifica y al mismo tiempo castiga a quien arruinó a sus padres.

—Coronel, creo que ha hablado demasiado de mí —cortó ella molesta por la situación.

Wood comprendió la obsesión de la mujer. Ella no podría estar tranquila hasta que la misión terminara. No quería amar hasta comprobar la ruina del exgeneral de la Gestapo y ahora entendía por qué.

—Bien, pasemos ya a puntualizar todos los detalles para comenzar la operación rescate —propuso Igor.

—De acuerdo. Pongamos nuestros respectivos relojes en hora —aceptó el británico.

Seguidamente ultimaron todos los puntos en los que quedaron conformes. Después, el coronel e Igor Daniev se levantaron.

El primero dijo:

—Yo he de marcharme. Espero que todo saldrá perfectamente. Suerte y no fallen. Recuerden que es mejor que la sangre no corra, pero si son obstaculizados por algo, sigan adelante. Ellos no merecen ninguna clase de compasión.

—Yo me quedaré un rato contigo, Dana —indicó Wood.

Ella aceptó la propuesta en silencio, con un leve asentimiento de cabeza.

El coronel sonrió entre irónico y comprensivo.

—Bien, nosotros nos vamos.

Al quedar a solas con el norteamericano, los párpados de la mujer se semicerraron. Con ademán fatigado, dijo:

—Me siento muy cansada. Si tengo que decir que padezco jaqueca, no voy a mentir.

—¿Puedo hacerte algo? Si represento una molestia para ti en estos momentos, me marchó.

—No, no hace falta. Voy a ducharme, a ver si se me pasa. Espérame aquí y considérate en tu casa.

—Gracias.

La morena desapareció hacia su habitación.

Poco después, Don

S.

Wood oía el ruido del agua del cuarto de baño. Se dijo que Dana Neal le gustaba. Si en principio la había tomado por una aventurera de sangre fría, ahora debía modificar su opinión para bien de ella.

Seguro ya de no ser escuchado, tomó el teléfono y comenzó a marcar los guarismos. Una idea bullía en su cerebro y debía darle pronta respuesta.

Mientras, en la calle, el coronel e Igor Daniev se habían separado ya.

El armenio entró en una cafetería. Pidió un *whisky* y unas fichas para llamar por teléfono.

—Soy Igor...

Una voz, al otro lado del hilo, preguntó:

—¿Hay novedades?

—Es muy posible que sí. Creo que pronto sabremos dónde oculta Von Neger el tesoro. Yo participaré en...

Explicó el procedimiento con palabras someras.

—Creo que ha llegado el momento de librarnos del norteamericano. Tú podrás seguir sólo adelante, ¿verdad?

—Sí. Haré que la chica me lleve a la casa diciéndole que el norteamericano ha llamado, y ya me encargaré yo de abrir esa cripta. El tesoro de los santuarios polacos no puede estar en otra parte que en esa necrópolis subterránea.

—Bien, Igor, vas perfectamente. Continúa adelante y tendrás tu recompensa.

El auricular fue colgado al otro extremo del hilo. A partir de aquel instante, la vida de Don

S.

Wood tenía sus minutos contados.

CAPÍTULO VIII

Dana Neal, cubierta por una bata blanca que hacía resaltar su fresca y tostada piel, una piel suave y perfumada después del baño, se colocó frente al pequeño bar.

Wood se le acercó.

—Pareces preocupada.

—Lo estoy. Es un gran momento el de hoy. Lo he estado esperando durante años. —Guardó silencio unos minutos y tomó un sorbo del combinado que el hombre le había preparado. Después agregó—: Debo parecerle mala.

—¿Por qué?

—Por vengativa.

—No, no lo veo yo así. Si tú desearas herir o hacer matar, sí estaría mal. Después de todo, como bien ha dicho el coronel, lo que haces es restituir algo robado.

—Sí, es cierto. Era una adolescente cuando me enteré de lo que en realidad había ocurrido a mis padres. Entonces, me acerqué a Von Neger tras estudiar y graduarme, para introducirme en la mansión como una empleada más. Me costó mucho, pero aunque hubiera sido de doméstica habría entrado allí.

El cercó la cintura femenina con sus brazos. La estrechó levemente, y la mujer se estremeció.

—Cariño, no debe de remorderte la conciencia. Ojalá que todos la tuviéramos tan limpia como tú.

Ella sonrió sin apartarse de los brazos que estrechaban su talle. Miró al hombre cara a cara y dijo:

—En mi afán de hallar en falta a Von Neger nunca me he detenido a pensar en los hombres.

—¿Y ahora?

—Te he descubierto a ti. La verdad, no creí que existieran

hombres como tú.

El acercó su boca a la femenina y la besó. Dana no ofreció resistencia, pero tampoco se entregó totalmente.

—Por favor, Don, no continúes. Si todo sale bien, quizá sí deje de ser hielo, pero ahora no, te lo ruego.

—Está bien, cariño, como tú quieras. No deseo ser un inoportuno, pero no olvides que, aunque te parezca un cínico, te miro con buenos ojos. Me gustas.

—¿Como Rommy? —preguntó con un ligero deseo de herir.

—No. Ella es una chiquilla desbocada que se irá con cualquier muchacho de su edad. Tú eres distinta.

—¿A cuántas has conocido como yo?

—Como tú, a ninguna, y no te voy a engañar, las he conocido de todas las especies y razas. No soy un santo.

—¿Te vanaglorias?

—No, sólo quiero hacerte comprender que te miro de forma distinta a las demás. —Palmeó tan suavemente la mejilla femenina que resultó una caricia para ella—. Me marchó. Está atenta a mi llamada, es decir, a la de Igor. Todo ha de salir como se ha planeado. A ver si a medianoche he saldado la deuda que contraje con mi vida de una condenada vez.

El se dirigió a la puerta y ella, con el largo cabello azabache suelto sobre su espalda, se volvió hacia él.

Tuvo intención de correr a abrazarle en aquélla que podía ser la despedida definitiva, mas se contuvo y expresó su temor con palabras.

—Don...

—¿Qué?

—Ten cuidado. Von Neger carece de piedad y más ahora que está algo perturbado. Si te encuentra abajo te matará sin darte tiempo a nada.

—Gracias por el consejo, cariño, pero a veces, los más inocentes son los más peligrosos. No olvides a Walter.

—Es cierto —admitió ella.

El norteamericano abandonó el apartamento.

Al salir a la calle se encontró el rostro sonriente del cuadrado chófer germano.

—Buenos días, *herr* Wood.

—Hola, Otto. Tengo que ir a la mansión de Von Neger.

Don se aposentó en el asiento posterior del «Mercedes-220» como solía hacer siempre.

El coche, conducido por la mano experta de Otto Hafftis, se puso en marcha disolviéndose en el multitudinario tráfico berlinés.

Otto no era hombre que diera mucha conversación con su pésimo inglés de marcado acento germano, y el yanqui tampoco tenía deseos de entablarla. En aquellos instantes pensaba en Dana, la única mujer que realmente había hecho vibrar la fibra más sensible de su ser.

Aun estando ensimismado se percató de que cruzaban por encima de uno de los muchos puentes que tenía la antigua capital alemana, la urbe que se había vanagloriado de poseer más puente que ninguna otra en el mundo. Aquel puente que el «Mercedes» atravesaba, estaba tendido sobre el río Havel y ello obligó a Wood a preguntar:

—¡Otto!

—¿Qué, *herr* Wood?

—¿No has equivocado el camino? Te he dicho que me llevaras a la casa de los Von Neger.

—Ya lo he oído, *herr* Wood. Lo que sucede es que kan cortado por obras la Scharnweber Strasse y hay que dar un pequeño rodeo. Sólo nos retrasará cosa de minutos.

—Bien —asintió Wood, pensando que, mejor que Otto, no iba a conocer Berlín.

Se introdujeron en el solitario parque de Johannisstift.

Los senderos eran de tierra y cruzaban entre altos abetos plateados, sobre cuyas ramas ardillas inquietas y curiosas les contemplaban.

Wood no pudo oír el canto de algunos pájaros, pero sí le extrañó que no hubiera más coches por aquel sector.

—¿Quieres decir que vamos bien por aquí, Otto?

El berlinés, de colgantes mejillas, sonrió afable.

En un lugar ya completamente solitario, pisó el freno y se revolvió rápido en el asiento pese a sus abultadas carnes.

Wood se encontró con que el cañón oscuro de una «Luger» le apuntaba a la cabeza.

Se sorprendió vivamente. No esperaba aquella situación por

parte del chófer. Creía conocer a distintos tipos de hombres y aquél no era un maleante habitual.

—No haga ningún movimiento, *herr* Wood; me vería obligado a disparar —advirtió amenazador.

Don

S.

Wood no vio nervios en la actuación de Otto. Su mano no temblaba, todo lo contrario. Estaba segura y apretaría el gatillo si se le obligaba a ello.

—¿Qué sucede, Otto? No irás a cometer una tontería de la que podrías arrepentirte, ¿verdad?

—No hable, *herr* Wood. Salga del coche y, ya lo sabe, ninguna treta. No quisiera disparar.

—¿Qué es lo que pretendes?

—Que demos un paseo.

—¿Hacia dónde? ¿Acaso nos espera alguien en alguna parte?

—No malgaste saliva, *herr* Wood, no tengo deseos de hablar. Vamos, salga. No voy a recordarle que sé manejar lo que tengo en la mano. Todos los alemanes de mi edad hemos sido soldados y sabemos lo que es una pistola, ¿comprende?

—Sí, te entiendo perfectamente, pero te juro que me has decepcionado. ¿Te obliga alguien a hacer esto?

Otto abrió su portezuela por la zurda antes de que Wood le preparara una treta golpeándole la mano con la propia puerta.

—En la vida hay cosas desagradables, *herr* Wood, pero hay que llevarlas adelante nos guste o no.

Ya en el exterior, Wood olfateó el aire. Si la apurada situación no le impidió exclamar:

—Huele bien aquí, es agradable dar un paseo. Debe haber parejitas escondidas por estos contornos.

Otto miró alrededor, receloso.

—Vamos, no perdamos tiempo. Camine.

—¿He de levantar las manos? —inquirió socarrón.

—Sí.

—En ese caso, arriba con ellas.

La posición del arma no permitió a Wood revolverse y hubo de avanzar por el sendero.

—¿Quién te paga por esto, Otto?

Como respuesta, Don obtuvo un fuerte culatazo en la nuca que lo sumió en las profundas simas de la inconsciencia con un dolor agudísimo en la cabeza, que si bien duró unos segundos, le pareció inacabable.

Se le doblaron las rodillas y dio de bruces en el suelo terroso, ligeramente enarenado, cruzando las amplias zonas de césped recortado donde crecían las centenarias coníferas.

—Lo lamento, esto es como en la guerra. Hay que matar para sobrevivir —masculló Otto, no demasiado satisfecho por su acción.

Tornó a introducirse en el auto, cuyo motor no había detenido, aunque sí había puesto el freno.

Colocó la primera marcha tras pisar el embrague y luego, a través del cristal, miró a su víctima que yacía en el suelo en el centro del camino.

El motor del «Mercedes» roncó, pues para obtener la máxima velocidad, Otto hizo saltar las marchas hábilmente; no en vano se pasaba el día conduciendo aquel automóvil.

Don abrió los ojos.

La cabeza le dolía horriblemente, pero por lo visto el golpe no había sido lo suficientemente fuerte o su cráneo había resultado demasiado duro. Lo que fuera, no tenía tiempo de averiguarlo.

El ruido del motor le hizo girar la cabeza.

Vio cómo el coche se le venía encima a una buena velocidad. No había tiempo para ponerse en pie y escapar a la muerte.

Los neumáticos estaban a punto de aplastarle y Wood tensó hasta el último de sus músculos para escapar a la muerte en aquel instante trágico para él.

No vio la cara del berlinés, sólo el parachoques del «Mercedes». Rodó sobre su propio cuerpo y los neumáticos rozaron su ropa.

El alemán se percató inmediatamente de que no había tenido éxito. Antes de darle tiempo, cambió la marcha y puso retroceso, obligando a Don a saltar de nuevo.

El coche pasó de largo, pero esta vez Don sí tuvo tiempo de ponerse en pie.

—No escapará —gruñó Otto, al ver que corría sobre el césped en dirección a un gran abeto para protegerse tras él de las embestidas del auto.

El vehículo brincó hacia adelante como hubiera embestido un

bisonte americano o un rinoceronte del África negra.

El «Mercedes» se le echaba encima... Don se volvió, no había tiempo de llegar hasta el abeto, del que aún le separaban algunos pasos.

Se dio vuelta. Miró al alemán a través del cristal y vio la decisión en su rostro. Iba a matarle, no había escape posible a menos de que la suerte se aliara con él. Por si fuera poco, estaba desarmado y Otto Hafftis tenía una «Luger» en su poder que no había empleado todavía pero que podía utilizar en cualquier momento.

Don hizo lo que menos esperaba el teutón.

Se lanzó contra el «Mercedes» como si se dispusiera a embestirlo a su vez, pero al llegar a su encuentro, saltó sobre la tapa del morro, ante la estupefacción y desconcierto del alemán.

Puso el otro pie y aprovechando el impulso y la velocidad del coche en dirección contraria, saltó sobre el techo del «Mercedes». Brincó de nuevo, saltando a tierra en forma violenta, pues no en vano había sido entrenado en judo y realizó una perfecta caída, rodando como un ovillo sin que ninguno de sus huesos se quebrara.

El berlinés no consiguió frenar.

El choque fue violento, letal. Los cristales se rompieron y del motor comenzó a salir humo.

Wood, indemne de aquella difícil situación, se incorporó y corrió hacia el auto, que había incrustado su motor en el tronco del abeto. La cúspide del árbol aún se balanceaba como tratando de dibujar en el cielo. Unas ardillas habían saltado en busca de otras ramas que les ofrecieran más seguridad.

—¡Otto! —interpeló, abriendo la portezuela, que había quedado un tanto retorcida.

Hafftis levantó la cabeza penosamente para mirar al norteamericano.

—No es mi día de suerte, *herr* Wood.

—Desde luego que no. Vamos, sal.

Intentó estirarle por un hombro, pero el alemán se negó.

—No, no me toque... Déjeme acabar con los menos dolores posibles.

En efecto, Otto sabía que había llegado su última hora.

Parte del volante se hallaba incrustado en su abdomen y en su

frente había dos heridas profundas por las que, sin embargo, no fluía mucha sangre.

Don comprendió que no iba a ser fácil sacar el cuerpo del alemán de entre los hierros retorcidos. Parecía como si el peligro de incendio hubiera pasado.

—Otto, enfréntate con la verdad. Es Inútil que quieras llevarte un secreto.

—Sí, a la muerte no hay que ir cargados, sino limpios —aceptó, dejando caer la cabeza hacia delante, sosteniéndola en parte con el trozo superior del volante, roto en tres secciones.

—Dime quién te ha ordenado liquidarme.

—El armenio. Perdóneme, *herr*. No soy un asesino, aunque haya estado a punto de serlo, pero el precio que me ofrecían...

—¿A cambio de qué?

—Mi hija está al otro lado del muro. Ella es joven, quedó allí cuando cerraron el muro, con su madre, pero mi esposa murió, *herr* Wood, y la chica quedó sola...

—Y el armenio prometió pasarla si me matabas.

—Sí. El tiene contacto con los «vopos» y me prometió que la trasladaría a esta zona si le obedecía, pero que si fracasaba, mi hija iba a pasarlo muy mal en las cárceles comunistas.

—¿Mi vida a cambio de la libertad de una chica alemana? —comentó pensativo—. Otto, no sé cómo, pero por poco que pueda haré que tu hija escoja su mundo, el mundo en que desee vivir.

Al terminar de expresar su ferviente deseo, miró al alemán de abultadas mejillas, ahora ensangrentadas. Éste ya no le escuchaba. Sus ojos estaban abiertos y por su boca escapaba un hilillo de sangre.

Tomó la pistola de Otto. Cerró los ojos del alemán y empujó la portezuela. Ya no precisaba cuidados urgentes para salvar su vida. Había muerto y, en aquellas circunstancias, Wood creyó que lo mejor era que la policía encontrase el coche con el cadáver y se encargara de él. En su momento oportuno ya les aclararía todo lo sucedido, ahora no tenía tiempo para hacerlo.

Miró alrededor. Al parecer, nadie le había visto. Las supuestas parejas aún no estaban en el solitario parque.

Procurando no ser descubierto por nadie que surgiera de súbito, buscó la entrada del parque.

Minutos después salía de él, encarándose con la bulliciosa Schönwalder Strassen. Allí:

—¡Taxi, taxi!

El automóvil hizo chirriar sus frenos. El americano subió al auto.

—A Sandhausen, concretamente a la mansión Von Neger.

—Sé dónde es, señor —asintió el chófer.

Pocos segundos después, el vehículo tomaba la dirección pedida.

Cuando llegó a la mansión sólo se encontró con los servidores de la misma.

—¿Dónde están los señores? —preguntó.

—La señora se halla en el campo de deportes.

—Bien, voy a cambiarme de ropa —dijo con desenfado.

Subió a su alcoba y una vez dentro de ella, cerró la puerta cuidadosamente.

Tomó la recia ganzúa que se había traído, la linterna y la pistola, enfrentándose con el tapiz.

Esta vez no le fue difícil hallar el resorte que franqueaba la puerta, y que era el propio clavo que sostenía el tapiz. Aquel clavo debía ser estirado hacia abajo y eso se conseguía tirando del tapiz con fuerza.

La puerta se abrió ante él. Pasó al corredor secreto sin dudar un instante.

Cerró tras de sí y ayudado por la linterna recorrió el pasadizo hasta la escalera.

Descendió por ella aguzando el oído. No quería ser sorprendido ni que le siguieran como la vez anterior.

Pasó por el primer piso y luego bajó al sótano, donde se hallaban las terroríficas máquinas de torturar ideadas por mentes malignas. Aquellos artefactos habían arrancado confesiones secretas y confesiones sólo imaginarias, cualquier cosa con tal de escapar al dolor que producía el aplastamiento o desgarramiento de un miembro del cuerpo.

Allí no había nadie, todo estaba en orden.

Humedad, una ligera sensación de hedor, propia de un colector y oscuridad sólo taladrada por el haz de luz que proyectaba la linterna.

No tardó en iluminar la puerta de bronce que cerraba la cripta de los bastardos.

—Veremos qué tal se resiste esta cerradura medieval...

No resultó sencillo. También en tiempos pasados sabían idear y construir complicados mecanismos de cerradura, pero al fin la ganzúa consiguió su objetivo y retrocedió el grueso pasador que cerraba la puerta.

Empujó el bronce centenario y desde el umbral iluminó la cripta.

Parecía que allí dentro el silencio fuera mayor, quizá más siniestro.

El haz de luz se filtró entre las espesas telarañas y la vista del hombre recorrió la estancia al mismo tiempo que el cono lumínico.

La cripta de los bastardos consistía en una sala semicircular. Pesados y grandes féretros de piedra se hallaban dispuestos en círculo, pegadas sus cabeceras a la pared.

Pero allí había cinco féretros de granito vacíos, sin cubrir, y Don contó quince en total.

—No puede ser... Si Rommy me dijo que sólo había nueve personas sepultadas en este extraño y macabro mausoleo que tiene por antesala una cámara de torturas.

Su intuición le llevó a mirar los cinco féretros vacíos primero y luego el décimo, que se hallaba cubierto, pero no mostraba ninguna inscripción como los demás.

Puso la linterna sobre otra de las tumbas y empujó la tapa pétrea, que se deslizó con suavidad. Don comprobó después que en su unión con el resto del féretro, había grasa que ayudaba a desplazarla.

Ya medio abierto, iluminó el sepulcro.

Se vio obligado a parpadear ante el reflejo de las gemas y los metales nobles allí guardados en forma de cálices, candelabros, crucifijos y otros ornamentos sacras del culto católico.

—Por fin te hemos encontrado y dentro de una tumba. Bueno, será cuestión de regresar arriba.

Tapó el féretro y abandonó la tétrica cripta, regresando a su alcoba. Cerró la puerta del pasadizo secreto.

Tras asegurarse de que nadie había entrado en la habitación durante su ausencia, tomó el transmisor que colgaba detrás del cortinaje. Estiró la delgada antena y llamó:

—¡Yanqui al habla, yanqui al habla!

—Armenio responde, armenio responde. Cambio.

—Todo bien. Lugar citado se halla objetivo. Cambio.

—¿Está comprobado? Cambio.

—Lo he visto con mis propios ojos. Cambio.

—Bien, seguiremos plan trazado. Cambio y corto —le respondió Igor, al otro lado de las ondas.

Wood sonrió irónico, pensando en la sorpresa del armenio al oír su voz, cuando imaginaría que debía haber muerto ya a manos de Otto Hafftis.

Sin embargo, secundando su juego, Igor Daniev no sospecharía de él, y eso era lo que más le interesaba en aquellos instantes.

Se cambió de ropa. Se vistió en plan deportivo y bajó al campo de deportes. Hanelore estaba allí sola, tomando un refresco bajo el parasol.

—Buenos días, señora —saludó sonriente.

—Hola, Don. ¿Cómo le han ido sus pesquisas filológicas esta mañana?

—Muy bien, señora.

—Por Dios, no me llame señora —protestó la mujer, haciendo girar su carrito de ruedas para encararse mejor con el americano.

—¿Cómo he de llamarla, entonces?

—¡Pues, Hanelore! ¿Te parece bien?

—Le agradezco la confianza.

—Tutéame.

—Bien, Hanelore. Por cierto, no he visto al resto de la familia.

—No están aquí. Rommy se ha marchado a Hamburgo en avión, ha dicho que tenía no sé qué reunión con unos compañeros. Parecía tener mucha prisa.

—¿Y el resto?

—Pues, mi marido no sé por dónde anda, seguramente en su despacho, reviviendo recuerdos que no se determina a olvidar.

—¿Y Walter?

—En su cuarto, se ve que anoche recibió una fuerte impresión. Es tan ingenuo, el pobre, me da una lástima... En fin, hablemos de algo mejor. ¿No va a bañarse ahora? —inquirió con los ojos brillantes.

—Sí, ¿por qué no? Hace mucho calor.

CAPÍTULO IX

Don

S.

Wood apagó la luz de su alcoba.

Era ya noche cerrada y hacía poco que había dejado a los Von Neger en el comedor, donde cenaron ceremoniosamente.

Don sintió repugnancia por tener que tomar aquella cena, mas para seguir adelante no le quedaba otro remedio que aparentar normalidad.

Hanelore se había mostrado muy obsequiosa, como era costumbre en ella ante los buenos ejemplares del sexo fuerte.

Karl von Neger había sonreído durante la cena. Parecía albergar una euforia extraña. A Don no le agradó su sonrisa, pero se dijo que era preferible eso a verse observado con hostilidad. Sin embargo, recelaba.

Por su parte, el joven Walter no articuló una sola palabra. Escondía la mirada cuando no observaba a los demás por encima de la cuchara y con la frente inclinada hacia delante.

Don se aproximó al gran ventanal y miró hacia el exterior.

Aquella ventana no daba a la parte frontal del edificio y no era fácil que uno de los guardianes les sorprendiera allí.

El deportivo «Volkswagen» estaba quieto abajo, tal como habían dispuesto en el planeamiento teórico de aquel golpe tan audaz.

Faltaban pocos minutos para que Igor Daniev saliera del portaequipajes. Decidió tenerlo todo preparado para que éste, en vez de aguardar abajo, le ayudara a sacar el tesoro polaco.

Con las sábanas y la colcha formó una cuerda que sujetó a un recio sillón que situó bajo el ventanal. Luego, descolgó dos tiras de cortinaje de cinco o seis pies de anchura cada una y tornó a asomarse a la ventana.

Vio cómo la tapa del portaequipajes se alzaba sigilosamente. Poco después, la figura magra de Igor apareció bajo la plateada luna.

—Igor...

—Estoy aquí —respondió en voz baja, pero lo suficientemente alta para ser oído desde el ventanal.

Don descolgó las sábanas que iban a ser utilizadas para subir y bajar, y el armenio, tras cerrar el portaequipajes del deportivo, por si a un vigilante de la mansión se le ocurría pasar por allí, trepó por la improvisada cuerda de algodón.

No tardó en quedar en lo alto del ventanal, con la respiración jadeante.

—¿Cómo ha ido todo?

—Muy bien, Igor. El tesoro que yo he visto es fabuloso.

Los ojos del armenio brillaron, aunque sabía que no iba a ser para él, pues no podría abandonar Berlín con la preciada carga.

—¿No han habido contratiempos?

—Por ahora, ninguno, y creo que no los habrá. Mañana, cuando se den cuenta, todo este asunto estará resuelto.

—Excelente. El coronel va a ponerse muy contento.

—Mejor así —asintió el norteamericano, izando de nuevo la cuerda hasta la habitación y cerrando el ventanal—. Toma uno de esos cortinajes.

—¿Para qué?

—Para utilizarlo como saco; de otro modo no podríamos subir las joyas, y trabajo nos va a costar.

—Bien.

Igor obedeció, siguiendo luego al norteamericano.

La puerta secreta fue franqueada y se introdujeron por el pasadizo que unía las habitaciones.

—¿No oirán nuestros pasos?

—No. Esto está hecho a prueba de sonidos —repuso Don, recordando las palabras de la alocada Rommy.

Descendieron las escalinatas guiados por haz de luz que despedía la linterna de Don. Sin embargo, éste, aunque no la hubiera llevado, habría podido seguir adelante igual, ya que conocía el camino.

—Cuánta escalera —se quejó Igor—. Parece que hayamos de

bajar al mismísimo infierno.

—Ya falta poco, aunque algo de infierno sí tienen estos sótanos con cámara de torturas y cripta. Sólo faltaría ahora el fantasma de la mansión.

—No digas tonterías —cortó Igor, nervioso.

—¿Eres supersticioso?

—No, no soy supersticioso —dijo sin demasiado convencimiento —, pero hay situaciones en las que, bueno, sigamos adelante... Pensemos en la gran sorpresa que va a llevarse Von Neger cuando vaya a acariciar sus joyas y no encuentre más que piedra.

Habían llegado ya a la gran sala de la cámara de torturas cuando, de repente, se encendieron varias luces sorprendiéndoles por completo.

—¿Qué es esto, qué ocurre, una trampa? —exclamó Igor, nervioso, empuñando la pistola que escondía en la sobaquera.

Con voz metálica, dura, Karl von Neger ordenó:

—Quietos donde están.

A Don le había pasado inadvertido en sus anteriores visitas, debido a la escasa luz de su linterna, el que hubiera luz eléctrica en aquel sótano maldito.

En lugares clave y escogidos, para que no se vieran a simple vista, Von Neger había instalado cuatro bombillas que ahora, en plena incandescencia, iluminaban por completo aquella monstruosa sala donde tantos lamentos habían quedado encerrados.

—Von Neger, ¿qué significa esto? —preguntó Don, señalando el potro.

El exgeneral de la Gestapo sonrió.

En el potro estaba Dana Neal, con los brazos y los pies tensados al máximo. Unas vueltas más y quedaría descoyuntada en medio de grandes dolores.

Su boca aparecía cerrada por una resistente y ancha tira de esparadrapo.

—Me ha subestimado, yanqui.

—Acabemos de una vez —gruñó Igor, encañonando al alemán.

Pero éste apuntaba con el cañón de una pistola a la sien de Dana, que nada podía hacer para moverse en su difícil situación.

—Si uno de los dos se mueve, ella será la primera en lamentarlo —advirtió con frialdad.

Don no dudó un instante que aquel hombre cumpliría sus amenazas. Para él, la vida humana no significaba nada, absolutamente nada.

La mano de Igor balanceó el arma. Estaba ansioso de utilizarla contra el exnazi.

—¿Cómo me ha descubierto? —interrogó Don.

—Walter. Fue difícil de tratar, pero para averiguar qué había hecho con la pistola utilicé un pequeño látigo por el que el muchacho siente verdadero terror. Por supuesto, esto ha sido en solitario, sin que su madre lo viera, y Walter lo contó todo. Ese imbécil que tengo por hijo no pudo contener la lengua, y eso es algo que debía usted haber calculado, yanqui.

—Le suponía brutal, Von Neger, pero no pensaba que a un chico como Walter pudiera tratarlo con un látigo aterrizándolo.

—Cada cual utiliza sus métodos —respondió mordaz.

—¿Como el de poner a una mujer en el potro?

—Sí, y no crean, es divertido ver sufrir a una mujer.

—Está usted loco —masculló Igor, levantando su automática para mejorar la puntería.

—Si no tira esa arma, dispararé contra la cabeza de ella.

—Espera, Igor. El cumplirá su amenaza.

—Y si suelto el arma nos matará a todos. Quizá nos pase a los tres por esta serie de torturas que tiene aquí preparadas —gruñó el armenio, nervioso.

El alemán sonrió y Don juzgó oportuno ganar tiempo preguntando:

—¿Por qué la ha apresado a ella?

—Porque si usted era sospechoso de querer robarme, Dana es quien le trajo a mi casa y es lógico que recelara de ella como cómplice. La verdad es que la he apretado un poco en el potro, pero no ha hablado. Sin embargo, le aseguro que le habría hecho abrir la boca tirando un poco más de sus huesos, y hubiera sido una lástima destrozar un cuerpo tan bello.

—Bien, Von Neger, usted ha ganado la partida, pero ¿qué hará ahora si nos entregamos?

—¿Usted qué cree, yanqui? —preguntó con sarcasmo.

—Pues, la cosa más fácil es liquidarnos y así elimina problemas.

—No es usted tonto, yanqui.

—Yo tampoco le considero a usted tonto, Von Neger. Sin embargo, si nos va a matar, no nos conviene entregarnos. También eliminaría a Dana. No le interesa que ella salga a la superficie y cuente lo ocurrido aquí.

—Es cierto, pero como soy magnánimo, si no me ponen trabas, les perdonaré la vida a los tres.

—¿Nos dejará escapar? —preguntó Igor, extrañado.

—No, eso no. Dicen que estoy loco, pero no lo crean, todavía pienso acertadamente. Les ofrezco la vida en una de las celdas que hay aquí abajo. Los tres en la misma, para hacerse compañía. Al principio estarían un poco nerviosos, luego se habituarían a su nueva existencia y al fin los dos varones se pelearían por tener la única diversión posible: la chica. ¿No les parece maquiavélico?

—¡Está loco, no se saldrá con la suya! —exclamó Igor.

—Tiene tres segundos para soltar su arma o ella será la primera en morir. Uno, dos... y...

—Quieto, Igor. No sacrifiques la vida de Dana. Mientras hay vida hay esperanza —gruñó Don.

Sin embargo, el armenio estaba resuelto a llevarlo todo adelante, cayera quien cayera.

De pronto, se abrió la puerta de la cripta de los bastardos, un hecho que ni el propio Von Neger esperaba.

De ella surgió una sombra como una exhalación, con los brazos en alto y blandiendo un enorme gancho utilizado sin duda en aquella sala de torturas en tiempos pretéritos.

—¡No la mate!

El exgeneral se revolvió ante aquella figura que se le echaba encima. Disparó sin contemplaciones por tres veces consecutivas. El ambiente se llenó del olor acre a pólvora quemada.

El extraño ser aparecido como un violento espectro ansioso de venganza, no era otro que el joven Walter, quien había intentado salvar a Dana, su enfermizo y desquiciado amor.

—¡Walter! —exclamó von Neger, anonadado al reconocerle, cuando ya era demasiado tarde.

Por su parte, Igor creyó llegado el momento oportuno y disparó contra el exgeneral.

El alemán encajó los proyectiles como si fuera una estatua. Todavía con la pistola en la mano, no se movió. Sus ojos estaban

clavados en el cadáver de Walter, que yacía a pocos metros delante de él, sobre el húmedo suelo empedrado. De pronto se derrumbó, ya carente de vida.

—El coronel dijo que no debía correr la sangre —gruñó Don.

—Había que matarlo, estaba loco. Nos hubiera liquidado a todos —replicó Igor.

—Está bien, ya no hay remedio ni tiempo para lamentarse. Ve a la cripta y empréndela con el tesoro en tanto libero a Dana.

El armenio no se hizo de rogar. Le hubiera dado lo mismo que Dana se quedara en el potro aguardando la muerte por inanición.

Lo primero que hizo Don fue quitar el esparadrapo de la boca de Dana.

Ésta se apresuró a exclamar:

—¡Don, Don, qué miedo he pasado, creí que iba a despedazarme!

—Y lo hubiera hecho —replicó el hombre, soltando rápidamente las correas que sujetaban las muñecas y tobillos femeninos—. Estaba desquiciado, pero ahora ya todo ha pasado. Tendremos tiempo de hablar en otro momento.

Cuando se vio libre de las ataduras, Dana se abrazó a él, sintiendo por primera vez que lo necesitaba, que precisaba estrecharlo y sentirse protegida por él.

—Don, Don, esto es más horrible de lo que imaginé. Ahora, en el suelo, dos cadáveres...

—El destino lo ha querido así. Walter también estaba algo...

Ella le tapó la boca suavemente, para que no dijera la cruda realidad.

—Por favor, Don, déjalo descansar en paz.

—Sí, pero ahora no nos entretengamos, Igor debe estar cargando en la cripta.

Cuando penetraron en la cripta, con temblores de ambición, Igor cargaba febrilmente en una de las cortinas cuantas joyas alcanzaban sus manos, joyas que relucían pese a la escasa luz que llegaba de la sala de torturas.

—¡Cuánta maravilla! —exclamó Dana, al ver el tesoro.

—Pero ya tienen dueño —advirtió Don.

—No hablemos y carguemos enseguida —gruñó por su parte el impaciente Igor.

El tesoro cupo completo en los dos cortinajes que sirvieron de grandes bolsas.

Dana retuvo en su mano unos instantes el cáliz al que faltaba un rubí en forma de corazón, el rubí que arrancara el infeliz Walter.

Ambos hombres tuvieron que doblar sus espaldas para poder cargar sendas mitades del tesoro, y no les resultó fácil subir la escalera angosta y empinada.

Dana les ayudó en lo que pudo, y tras empapar sus camisas de sudor y jadear fuertemente, consiguieron llegar a la alcoba, donde descansaron unos instantes.

—Llevando esta clase de peso no sabe mal fatigarse —comentó Igor cínicamente.

—Pronto habremos terminado. Yo bajaré primero, luego Dana.

—¿Por dónde bajaremos? —inquirió la muchacha preocupada.

—Por la ventana, deslizándonos por las sábanas que he atado.

—Tengo miedo, me caeré.

—No caerás, yo estaré abajo esperándote. Sólo que fié deslices por la sábana apretando las manos podrás descender fácilmente. La sábana no te segará las manos como lo haría una cuerda de cáñamo.

—¿Y yo? —preguntó Igor.

—Cuando estemos abajo, tú descenderás el tesoro sujetándolo al extremo de las sábanas. Yo lo recogeré y ocultaré entre los arbustos hasta que tengamos el coche que nos hace falta para cargar estos voluminosos paquetes.

—Está bien —aceptó el armenio.

Ya más descansados, abrieron el ventanal y se aseguraron de que en el exterior no había nada anormal. Los disparos no habían podido ser oídos por nadie.

Tiraron la improvisada cuerda por la ventana y Don descendió con suma facilidad.

—Vamos, Dana, ahora tú.

A la joven le dolían las manos y piernas por el ligero tormento sufrido, pero se aferró con todas sus fuerzas a la sábana y se fue deslizándose por ella hasta que sintió las manos fuertes de Wood que se cerraron a su cintura para depositarla suavemente en tierra.

Igor tiró de las sábanas, izándolas hasta el ventanal. No tardó en aparecer por éste el primer y voluminoso fardo, que descendió lentamente. Don Lo recogió antes de llegar al suelo y se apresuró a

esconderlo tras unas altas plantas.

El segundo fardo siguió el mismo camino. Luego bajó Igor, llegando al suelo con facilidad.

—Ahora hay que buscar el coche grande —indicó Igor.

—Sí, iremos los dos. Dana aguardará aquí.

—Dejadme ir con vosotros —pidió ella.

—No, es mejor que te quedes aquí vigilando. Toma esta pistola. —Dan le entregó el arma con silenciador—. Si te ves en peligro, utilízala. Nadie te oirá.

Dana, con la pistola en la mano, se sintió más segura, pero no tranquila enteramente.

Unos minutos más tarde, los dos hombres regresaron empujando el grande y pesado «Hispano-Suiza», un modelo anticuado pero de probada resistencia.

Igor empujaba por atrás y Don por el costado, controlando el volante al mismo tiempo.

—Ahora, a cargar pronto —pidió Igor nervioso.

—Sí, rápido —asintió Wood, acercándosele por la espalda y golpeándole la nuca con la culata del arma que le quitara a Otto.

El armenio se desplomó como un fardo más, sin proferir un solo quejido.

—Don, ¿qué has hecho? —exclamó, más que preguntó, Dana al ver lo sucedido.

—No temas, cariño, este Igor quería jugárnosla. Tiene pacto con el otro lado del muro para escamoteamos el tesoro.

Seguidamente, en sucinta narración, le contó lo sucedido con el chófer berlinés.

—Dios mío, no lo hubiera sospechado.

—En esta clase de negocios se lleva uno muchas sorpresas, cariño.

—Pero, no irás a matarlo, ¿verdad?

—El es un asesino en potencia, pero yo no mato a sangre fría. Lo que voy a hacer es encerrarlo aquí dentro.

Abrió el portaequipajes del «Hispano-Suiza» y metió a Igor en él, cerrando luego de modo que no se pudiera abrir desde el interior cuando el armenio despertara.

—¿Qué pasará con él?

—Las autoridades federales se harán cargo de él. Tengo un plan

magnífico para este tipo. Ahora, sigamos. El coronel nos debe estar aguardando en la puerta.

Introdujo en la parte posterior del vehículo los dos voluminosos fardos, que cupieron a duras penas.

—Tú siéntate al volante. Yo empujaré el coche hasta que haya un poco de pendiente y después ya tomaré yo el volante.

—Comprendido —asintió Dana.

Todo salió bien y el vetusto pero recio automóvil comenzó a descender silenciosamente y sin luz por la carretera particular de la mansión, hasta detenerse frente a la puerta de entrada.

En el suelo yacía el guardián, delante de la caseta, y junto a la puerta se hallaba el coronel, que les hizo señas con los brazos, acercándose a ellos rápidamente.

—¿Cómo ha ido todo?

Tras haber advertido a Dana para que, pasara lo que pasara, no dijera nada, Don repuso:

—Ha habido líos.

—¿Líos, de qué clase?

—Von Neger nos ha sorprendido. El general, su hijo e Igor han muerto.

—Mala suerte... Pero ¿y el tesoro?

—Está todo aquí atrás.

—¿Completo?

—Sí, ya puede usted llevarlo a su Embajada. Buena suerte, coronel.

—Magnífico, debo felicitarles. Han hecho un trabajo espléndido.

Dana y Wood se apearon del coche que fue tomado por el coronel. Éste, tras saludarles, lo puso en marcha alejándose y dejándoles allí delante de la puerta. Para ellos, el trabajo había terminado.

El coronel británico, que vestía de paisano, ya lejos de la mansión y conduciendo en solitario, estalló en una súbita carcajada.

—¡Estúpidos, estúpidos, os he engañado a todos, a todos!...

Y continuó riendo mientras rodaba veloz en dirección al aeropuerto de Tegel.

Con su pasaporte militar y su alta graduación, no tuvo impedimentos para penetrar en el recinto del aeropuerto y dirigirse a un hangar donde había una avioneta bimotor preparada de

antemano.

El coronel no encendió las luces de la nave. Prefería que nadie le descubriera.

Situó el coche junto a la avioneta para cargarla mejor y comenzó a pasar los fardos.

De repente se encendieron focos a todo su alrededor, cegándolo.

—¡Apaguen esas luces, apáguelas! —ordenó furioso.

—No, no hace falta, coronel —dijo una voz a su lado.

El británico parpadeó.

La sangre se heló en sus venas al reconocer al hombre que había llegado junto a él mientras un cerco de policías le encañonaba con sus armas.

—¡Wood! ¿Cómo ha podido llegar aquí antes que yo?

—Utilizando un helicóptero. Todo estaba preparado para cogerle, con la ayuda de la agregaduría militar de su propia Embajada, coronel.

—Pero ¿cómo adivinó que yo...?

—¿*Que* usted quería apoderarse particularmente del tesoro? —sonrió irónico—. Lo supe desde el principio. No soy tan estúpido para tragarme la píldora de lo que sucedió allá en África. Todo lo preparó usted, coronel Llegó en el momento oportuno para librarme de la muerte, cuando todo era una comedia. Usted pagó a los soldados negros, pero fue para que le ayudaran a convencerme de una forma muy teatral. Yo secundé su juego. Pensé que me divertiría mucho cuando llegara este momento, y más cuando comprobé a través de la Embajada inglesa que usted sólo estaba en Berlín de vacaciones.

—¡Maldito! —rugió el sorprendido y frustrado ladrón.

Trató de golpear a Don, pero éste no se movió. Sin embargo, varias manos se alzaron para sujetar las muñecas del coronel en torno a las cuales chasquearon metálicamente unas brillantes esposas.

EPÍLOGO

La noche era oscura, húmeda.

Varios policías federales controlaban el jardín zoológico.

Dana se hallaba junto al americano y frente a la cabina de bombas de agua. Dentro de ella, varios policías alemanes con graduación, apoyados por dos autoridades inglesas.

Igor Daniev, esposado con las manos a la espalda y conducido por dos soldados bien armados, les dedicó una mirada fulminante antes de ser introducido en el colector.

—Adiós, Igor, buen viaje.

Dana se giró hacia Wood y preguntó angustiada:

—¿Crees que lo canjearán por *la* hija de Otto?

—Seguro, cariño. Hemos amenazado a los del otro lado con que Igor haría una confesión completa si no era canjeado por la chica. A los «vopos» no les interesa una mala Prensa internacional. Este caso morirá aquí y las joyas serán entregadas al Vaticano para que las custodie hasta que crea oportuno restituirlas a la iglesia polaca.

—¿Y qué pasará con Igor al otro lado?

—Pues por fracasar y humillarlos, haciéndoles canjearlo por una chica, no creo que los alemanes orientales le concedan una medalla, precisamente.

La espera se hizo angustiosa, larga.

Transcurrieron los minutos y nadie aparecía. Al fin, una cabeza rubia surgió por el colector. Tras ella, los dos soldados federales.

—¡Gracias, gracias a todos! —sollozó la muchacha, poniéndose de rodillas y besando el suelo.

Uno de los soldados preguntó socarrón.

—¿Tenían muy mala cara los «vopos»?

—Ya tenían preparado el hormigón para taponar la galería —respondió el otro—. Ya nadie podrá pasar a través del zoo.

A lo lejos se escuchó una detonación seca, distante pero efectiva.

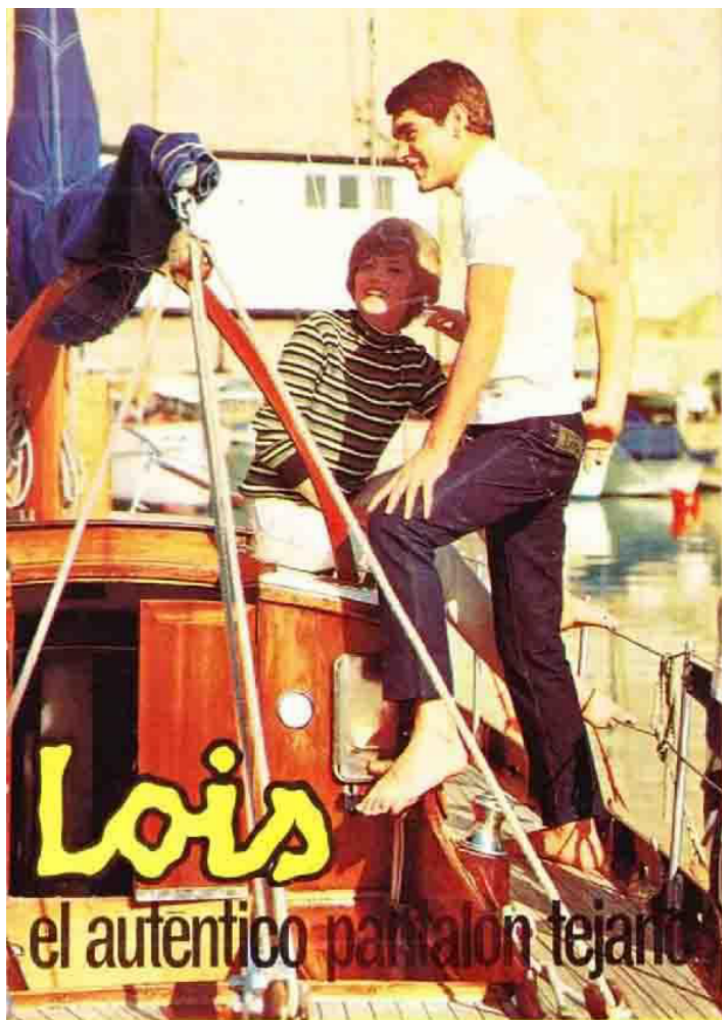
—Dana se abrazó a Wood.

—Cariño, creo que ya han condecorado a Igor, pero no con oro o plata, sino con plomo.

El se inclinó sobre la mujer y la besó suavemente en los labios.

Esta vez, Dana Neal se entregó totalmente. Dentro de sus venas, el iceberg se había derretido y se abandonó al beso que, en silencio, calladamente, en contra de sí misma, siempre había estado ansiando.

F
IN



Lois

el autentico pañalon tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (ESPAÑA)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.

